JUEGO DE DAMAS

COMEDIA DRAMÁTICA NORTEAMERICANA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

CLYDE FITCH

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA POR

D. LUIS DE OLIVE Y LAFUENTE

Y

D. RICARDO HERNANDEZ BERMÚDEZ

ESTRENADA EN EL TEATRO CERVANTES DE MADRID
LA NOCHE DEL 20 DE NOVIEMBRE DE 1922.



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Prado, 24.
1922

JUEGO DE DAMAS

JUEGO DE DAMAS

COMEDIA DRAMÁTICA NORTEAMERICANA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

CLYDE FITCH

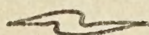
ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA POR

D. LUIS DE OLIVE Y LAFUENTE

Y

D. RICARDO HERNANDEZ BERMÚDEZ

ESTRENADA EN EL TEATRO CERVANTES DE MADRID
LA NOCHE DEL 20 DE NOVIEMBRE DE 1922.



MADRID

IMPRENTA DEL SUCESOR DE ENRIQUE TEODORO
Glorieta de Santa María de la Cabeza núm. 1.

1922

REPARTO

MARGARITA ROLFF...........	Srta. Mercedes Pérez de Vargas.
SEÑORA HUGHES.............	Sra. Sánchez Ariño.
CLARA FORSTER	» Victorero.
ELSIE BREWSTER............	Srta. Cruz Almiñana.
DORA MILLER	» Paquita Más.
LUISA MANE................	» Patrocinio Marcén.
JORGE ROLFF...............	Sr. Bardén.
THOMPSON..................	» Espantaleón.
JIMMY O'NEILL.............	» Marín.
LUIS KLAUFFSKY	» Rodrigo.
TOMÁS.....................	» Graci.
INSPECTOR WATERMANN	» Martí.
AYUDANTE..................	» Ariño.
AGENTE....................	» García Egea.
VIGILANTE.................	» Estevarena.

ACTO PRIMERO

Salita de música en casa de los Rolff.

Al foro puerta que comunica con otro salón, del cual se ven algunos muebles. A la derecha, segundo término, puerta que da al comedor. A la izquierda, en primero y segundo término, balcones. Entre ambos chimenea. En primero derecha, piano de cola con su asiento. La puerta de la derecha tiene un cortinón amplio. Todos los muebles de la habitación son verdaderamente cómodos y de gusto exquisito. Hay una mesita en el centro. Cuadros y grabados en las paredes, y al lado de la chimenea encendida dando cara al público un pequeño sofá con una lámpara de pie detrás. Todo está eneendido al levantarse el telón. La escena está desierta un momento oyéndose conversaciones y risas fuera.

JORGE. (Levantando la cortina de la derecha.) Pasen ustedes al saloncito y tomaremos café. Podrán ustedes tocar el piano, fumar... (Entran Elsie, Dora y Luisa.)

DORA. (Sentándose en el sofá.) Ya que no puede salir el inválido, desea que sus amistades le endulcen la existencia; egoísta, ¿no tiene usted bastante con su mujer?

JORGE. Eso de inválido no lo dirá por mí, pienso salir mañana.

LUISA. Me parece pronto; ¿ha pedido usted permiso al médico?

JORGE. Y me lo ha concedido.

DORA. Pues me parece poca convalecencia para una pulmonía.

LUISA. (Sentándose en el sofá.) Es más, yo creo que es un exceso que hace de estar con nosotras hasta tan tarde. (A las muchachas.) No hemos debido venir, ya os lo dije.

JORGE. Ni Margarita ni yo se lo hubiéramos perdo-

nado. No sería de buenos amigos. Habrá que buscar para otra vez que nos casemos, otras muchachas más amables que nos sirvan de señoritas de honor. (Todos se rien.)

ELSIE. Pero ¿qué hace Margarita que no viene?

JORGE. Dispénsenla ustedes, pero está recibiendo á un periodista.

ELSIE. ¡Qué gusto casarse con un hombre como usted y celebrar luego interviews con los reporters!

JORGE. Pero si formamos un matrimonio ya viejo.

ELSIE. (Riéndose.) No diga usted, Rolff; ¿de tres meses y se conceptúa ya viejo?

DORA. Eso es que ya le va pesando.

JORGE. Nunca, querida Dora; Margarita es una mujer que cuanto más se la trata más se siente no haberla conocido antes. (Se dispone á hacer mutis.)

DORA. Diga á esos caballeros que nos iremos á las nueve y media.

JORGE. ¿Tan pronto?

DORA. Es que preparamos un minué para el baile de trajes de la señora Farly.

LUISA. ¿Por qué no vienen ustedes con nosotros?

JORGE. Nos reservamos para la representación. (Tomás entra por la derecha con tazas de café que toman todos menos Elsie.) ¿Me perdonan ustedes un momento?

ELSIE. No faltaba más. (Sale Jorge.)

LUISA. Está bastante bien para haber pasado una enfermedad tan grave.

DORA. Margarita no creyó que se salvara.

LUISA. Pero debía ser prudente. Mira que pensar en salir mañana y con el tiempo que hace...

DORA. Como que una recaída puede ser mortal.

LUISA. (Yendo al foro y mirando á la otra habitación.) ¿Pero qué le preguntará ese periodista á Margarita?

ELSIE. (Sentándose al piano y empezando á preludiar una

pieza.) ¡Y vaya una hora que ha elegido el buen señor...!

LUISA. Voy á reservarla una taza de café. (Deja en la mesa una.)

DORA. ¡Qué pareja más feliz!

ELSIE. ¡Si encontrara yo un marido así...!

LUISA. Eso es lo que deseamos todas.

ELSIE. Un hombre simpático que en poco tiempo ha sabido crearse numerosas relaciones y amistades positivas.

LUISA. Ya veis, hace tres años que llegó á New York y hoy tiene una de las mejores clientelas. (Entra Tomás con una bandeja con licores. Las muchachas empiezan á fumar cogiendo cigarrillos de la mesita, donde hay una caja.)

DORA. El que le ayudo cuanto pudo fué el pobre Felipe.

LUISA. El señor Long es cierto que le ayudó, pero Jorge traía una reputación bien cimentada de Cincinati.

ELSIE. (Dejando de tocar.) ¿No os impresionó su brindis? Permitidme, dijo, que dedique un recuerdo cariñoso á la memoria de mi mejor amigo, al hombre bueno que se llamó Felipe Long.

LUISA. Es la primera vez que oigo hablar así de un asesinado.

ELSIE. En los siglos XVII y XVIII era muy elegante morir asesinado, pero ahora no se estila entre la buena sociedad.

DORA. Si dicen que fué un suicidio.

LUISA. Como es de tan mal gusto suicidarse, han preferido decir que le asesinaron.

ELSIE. Quien debe saber la verdad es Jorge.

DORA. Se lo preguntaremos á Margarita cuando venga.

LUISA. Esta noche no, dejemos este tema.

ELSIE. Sí, hablemos de otra cosa; si no, voy á soñar con ello.

DORA. Hablemos, si os parece, de Jimmy O'Neill.

ELSIE. (Riéndose.) No por Dios, dejad á Jimmy en paz. (Se vuelve á sentar al piano y toca.)

LUISA. ¿Pero no es tu novio?

ELSIE. Qué ha de ser...

DORA. Yo creí...

ELSIE. Es mi prometido, pero yo no soy su novia. ¿Comprendéis la diferencia?

LUISA. Yo te confieso que no.

DORA. Si parecéis una pareja de románticos...

ELSIE. Nuestra amistad es solo intelectual.

LUISA. Pues cuando os caséis os regalaremos una Enciclopedia.

DORA. Cuenta por mi parte con la edición completa en 120 tomos del «Nacimiento y caída del Imperio Romano». (Todas se ríen.)

MARGARITA. (Entra por el foro.) Celebro veros de tan buen humor.

DORA. Nos reimos de Elsie, amiga intelectual de Jimmy.

MARGARITA. En América nada debe sorprendernos.

LUISA. ¿Y qué quería saber ese periodista?

MARGARITA. Si había leído los periódicos de la noche. Y sobre nuestras relaciones con Felipe Long, evadí la conversación y le despedí.

DORA. Oye, Margarita, ¿nos quieres enseñar los regalos de boda? Yo no los he visto; como á los pocos días de llegar de vuestro viaje cayó enfermo Jorge...

MARGARITA. Ya lo creo, están en el salón de los horrores.

ELSIE. ¿Y dónde es eso?

MARGARITA. Una habitación junto á la biblioteca; allí he metido lo que estorbaba.

ELSIE. Vamos á verlos.

LUISA. ¿Supongo que el mío no estará allí?

MARGARITA. El tuyo está en mi cuarto Los regalos de las amigas se colocan en el lugar preferente... cuando se sabe que van á venir. (Se ríen.)

DORA. (Al salir.) ¿Y si llegan de improviso?

MARGARITA. Entonces las llevo donde está su obsequio y les digo que es el salón de honor.

TOMÁS. El señor Thompson.

THOMPSON. Buenas noches, señora... señoritas... ¿Estorbo? (Saludos.)

MARGARITA. De ningún modo. Ibamos á la biblioteca para que vieran estas señoritas mis regalos de boda... La preciosa lámpara que nos envió usted está allí, aún no hemos tenido tiempo de colocarla. (Las muchachas se ríen con mal reprimido regocijo.)

THOMPSON. Esperaré... necesito hablar cinco minutos con usted.

MARGARITA. ¿Se trata de algo grave?

THOMPSON. (Fingiendo tranquilidad.) ¡Oh, no, no se preocupe!

MARGARITA. Vuelvo en seguida. (Salen todas por el foro.)

THOMPSON. Hasta ahora. (Toca el timbre y saca un periódico del bolsillo nerviosamente y se coloca junto á la lámpara. Entra Tomás por la derecha y Thompson oculta el periódico tras el respaldo del sofá.)

TOMÁS. ¿Ha llamado el señor?

THOMPSON. Sí, digame Tomás; ¿hay en la casa algún periódico de esta noche?

TOMÁS. No, señor.

THOMPSON. ¿Los criados no tendrán ninguno?

TOMÁS. No creo, hoy ha habido invitados y no ha salido nadie de casa.

THOMPSON. Haga entrar á la madre de la señora que espera en el hall, pero que nadie se entere (Sale Tomás por la derecha y Thompson mira por la puerta del foro; á poco entra por la derecha la señora Hughes.)

SEÑORA. ¿Estan aún en el comedor?

THOMPSON. Si acaso, Jorge y sus amigos. Margarita ha llevado á las muchachas a ver los regalos de boda, volverá en seguida.

SEÑORA. Quiera Dios que lleguemos á tiempo. ¿Habrá leído los periódicos?

THOMPSON. No es probable, me consta que los criados no saben nada.

MARGARITA. (Por el foro, sorprendida al ver á la señora.) ¿Cómo, tú aquí? ¿Has visto á Jorge?... ¿Ocurre algo? (Va á ella y la besa.)

SEÑORA. No sé, hija mía; el caso es que por unas cosas ó por otras no nos dejan un momento tranquilos.

MARGARITA. Habla, mamá; ¿qué es ello?

SEÑORA. Claro que no hay que hacer caso, pero de todos modos...

MARGARITA. No te entiendo.

SEÑORA. Si no conociéramos á Jorge ó le fuéramos á juzgar por sus amigos... y por las amigas de sus amigos...

MARGARITA. ¿Pero quieres acabar de decir de qué se trata?

SEÑORA. Es el caso que los periódicos de esta noche publican un artículo injurioso... algo así como un libelo..; imagínate el efecto que me produciría su lectura después de comer.., Leerlo y marchar á casa de Thompson, fué todo uno. Él no lo había leído, pero en cuanto se enteró, fué de opinión que viniéramos á veros... Hay mujeres muy peligrosas que no se detienen ante nada.

MARGARITA. Por Dios, mamá, ¿quieres explicarte?

SEÑORA. ¿Creía que habías comprendido. (A Thompson.) Esta hija mía no comprende que se pueda ser infeliz en este mundo.

THOMPSON. (La da el periódico.) Léalo usted misma, es lo mejor.

MARGARITA. (Lo coge y se acerca á la lámpara.) Traiga usted.

SEÑORA. ¿Qué ha resuelto usted?

THOMPSON. Nada, hasta que hable con Jorge.

MARGARITA. (Desde donde está.) Acaba de marcharse un periodista que venía a preguntarme si había leído esto.

THOMPSON. (Con interés.) ¿Y usted?...

MARGARITA. Le contesté que no. (Sigue leyendo.) Todo esto es absurdo. Jorge sólo podía conocer á la amiga de Felipe Long, por el propio Felipe.

SEÑORA. Esto suponía yo.

MARGARITA. (Leyendo.) «Que existe una carta de amor de Jorge, llamándola mi querida Clara...»

SEÑORA. Jorge es muy bueno, y, sin embargo, ya ves...

MARGARITA. Esto no es más que una novela sensacional... Mañana todo quedará destruído.

SEÑORA. Eso mismo he dicho yo.

MARGARITA. No creo una palabra de todo lo que dicen... me produce asco, sólo leerlo causa repugnancia... No debemos enseñárselo a Jorge.

THOMPSON. Opino lo contrario, porque si nosotros no se lo decimos, no faltará quien se encargue de ello.

MARGARITA. (Como á sí misma.) ¡Jorge, que es el honor personificado...!

SEÑORA. (Yendo á ella.) Y recto y severo para sí mismo; su pobre madre me decía que no le había oído mentir, ni aun de pequeño.

MARGARITA. (Sin oirla.) Es absurdo que quitara esa mujer á Felipe, precisamente cuando me pedía en matrimonio. Veo que sus enemigos, si los tiene, se hallan mal orientados... No, no puede ser. En el tiempo que llevamos casados no he visto en él más que rasgos de nobleza, y me profesa un cariño entrañable... Jorge no ha podido estar en contacto... Imposible, imposible, eso no es verdad. (Desgarra el periódico.)

THOMPSON. Perdone usted, deseaba enseñárselo á Jorge.

MARGARITA. (Le da los trozos.) Puede usted decírselo en dos palabras, pero no hacerle leer esa historia brutal... Acuérdese usted que ha estado muy enfermo. (Toca el timbre.) Voy a llamarle para que venga y hablen ustedes á solas. No quiero saber nada de esto, y... amigo Thompson, le agradeceré que procure arreglarlo. (A la señora Hughes.) ¿Vienes á la biblioteca?

SEÑORA. Comprenderás que después del sobresalto que he tenido, no estoy para ver á nadie. Llévame mejor á tu cuarto, no quisiera que me vieran esta noche tus invitados, además no estoy presentable, vengo como estaba en casa, me eché el abrigo...

JIMMY. (Por la derecha) Buenas noches, señora... Hola, Thompson. (Saludos)

SEÑORA. Muy buenas, Jimmy.

THOMPSON. Salud, joven.

JIMMY. Perdonen ustedes que venga tan tarde, pero es que hoy ha sido un día de prueba para mí; me levanté, y después del baño hice una hora de punching, estuve dos a caballo por el Parque, almorcé en el Club, y á las dos de la tarde me tenían ustedes jugando al polo con Williams Roberts, el embajador inglés; á las cuatro, como era día de tennis, estaba en casa de los Graham, y el té hube de tomarle con miss Rosenthal. Por cierto que me dieron muchos recuerdos para ustedes los Morton y el general Harris, que sale mañana para Europa. ¿Y las muchachas?

MARGARITA. En la biblioteca; vaya usted allí con los señores.

JIMMY. Con mucho gusto. (Sale otra vez por la derecha y al mismo tiempo entra Tomás.)

MARGARITA. Tomás, diga al señor reservadamente, que desea verle el señor Thompson.

TOMÁS. Muy bien. (Sale por la derecha.)

THOMPSON ¿Y cómo está Jorge, se encuentra ya fuerte?

MARGARITA. Está muy bien, pero el doctor le ha prohibido que trabaje todavía. Mañana pensaba salir por primer día. ¿Vamos, mamá? Hasta ahora, amigo Thompson. (Salen las dos.)

THOMPSON. (Recoge los pedazos del periódico en el momento de entrar Jorge fumando un cigarro, los junta y coloca sobre el piano.) ¿Fumando ya, querido Jorge?

JORGE. Sí, me encuentro perfectamente, amigo Thompson. ¿Cómo va?

THOMPSON. Yo muy bien, y muy contento de verte tan animado.

JORGE. ¿En qué puedo servirte? (Se sienta en el sofá y Thompson junto á él.)

THOMPSON. Pues es el caso...

JORGE. Habla, hombre... parece que vienes á pedir dinero. Si así fuese, ¡qué placer para mí! Pide lo que quieras.

THOMPSON. (Sonriendo.) No se trata de dinero... se trata de un artículo que publica un periódico de la noche acerca de Felipe Long y Clara Forster...

JORGE. ¡Pobre Felipe, ni muerto le dejan descansar!

THOMPSON. En el cual viene mezclado tu nombre...

JORGE. ¿Cómo?

THOMPSON. De tal modo, que la cuestión no afecta realmente á Felipe, sino á ti.

JORGE. (Fumando tranquilamente.) No comprendo...

THOMPSON. Ya sabes que la familia Long no admite la idea del suicidio.

JORGE. Ya sé, ya.

THOMPSON. Y remueve cielo y tierra para descubrir lo que ellos califican de muerte misteriosa, para lo cual excitan á la policía y emplean detectives particulares.

JORGE. Me habían hablado de esto.

THOMPSON. Muy bien; pues hoy un periódico de la noche empieza á mover el asunto, sirviéndole de base los puntos de vista de la familia.

JORGE. Me parece lógico.

THOMPSON. Espera; y sugiere... insinúa la idea de que tú... mataste á Felipe Long.

JORGE. ¡Yo, que le quería como á un hermano! ¡Qué atrocidad...!

THOMPSON. El motivo secreto era una mujer...

JORGE. Eso es estúpido, Thompson.

THOMPSON. (Que mientras habla despacio, mira atentamente á Jor-

ge en el que no ve más que al hombre honrado que contesta lealmente) Dice también, que se han encontrado cartas probando que eras el amante de Clara.

JORGE. Nunca he querido más que á mi madre y á Margarita, la mujer á quien hice mi esposa una semana antes del trágico suceso.

THOMPSON. (Levantándose y yendo por el periódico.) ¿Entonces esas cartas...?

JORGE. Mentira, todo mentira. (Se levanta airado.)

THOMPSON. Sin embargo, el autor del artículo afirma que ha visto las cartas en cuestión.

JORGE. (Mira sereno á Thompson, deja el cigarro en el cenicero y se vuelve á sentar sin cólera y pensativo. Pausa.) ¿Dices que ha visto...? Pero esas cartas datan lo menos de tres años...

THOMPSON. (Con inquietud.) ¿Luego existen...? ¿Y son cartas de amor que la dirigiste?

JORGE. Sí, pero es imposible que las conserve.

THOMPSON. Pues ya ves como sí... Toda mujer conserva las cartas de amor como certificados del culto que se las rinde.

JORGE. Pero en esas cartas no hay nada censurable.

THOMPSON. (Acercando una silla al sofá.) ¿Recuerdas poco más ó menos lo que la decías?

JORGE. Apenas... Figúrate el tiempo que ha transcurrido... fué mucho antes de conocer á Margarita.... Durante diez días creí que amaba á Clara Forster... Fuí yo quien la sacó de un sexteto ó del coro de un teatro, no recuerdo bien... Entonces era todavía el muchacho provinciano y sin malicia que no llegaste á conocer.

THOMPSON. Sin embargo...

JORGE. Nada; si no puede haber en ellas nada de particular... Al cabo de diez días ví lo que era, que no había medio de salvarla... ¿comprendes? y mi natural decencia se sublevó

ante aquel ser vicioso incapaz de regenerarse.

THOMPSON. ¿Están fechadas las cartas?

JORGE. (Sin darle importancia.) Probablemente no, sólo acostumbro á poner el día de la semana en el encabezamiento... Podrán ser tres ó cuatro á lo sumo... y en ellas sólo puedo aparecer como un tonto, un romántico... pero nunca como un criminal.

THOMPSON. ¿Y Felipe sabía esto?

JORGE. Ya lo creo; se lo dije para impedir que se casara con ella.

THOMPSON. ¿Y esto sucedía...?

JORGE. Demonio, no me acuerdo... (Pensando.) Espera un poco... El día siguiente de regresar con Margarita de nuestro viaje de novios... Pero Thompson, este es un verdadero interrogatorio. (Sonriente y cambiando de tono.) ¿No te parece que hemos hablado ya bastante? (Se levanta, se acerca al piano y toca varias teclas.)

THOMPSON. (Sentado.) Al contrario, Jorge, hablemos. ¿No comprendes que semejante historia puede proporcionarte un disgusto?

JORGE. (Desde donde está.) ¿Tú crees? (Asentimiento de Thompson.) ¡Qué tontería!

THOMPSON. ¿Y como impediste el matrimonio?

JORGE. Mostrándole aquella mujer tal cual era... Se había apoderado de él y le había hecho creer que era el único hombre á quien había amado...

THOMPSON. Y tal vez fuese cierto...

JORGE. No digas... si fué ella la que le arruinó y le convirtió en un borracho.

THOMPSON. ¿Tienes la certeza de su intimidad?

JORGE. Sabía que estaba loco por ella, pero supuse que al fin se daría cuenta como yo de la clase de mujer con quien trataba. Cuando me convencí de lo contrario, le confesé lo ocurrido conmigo... y con otros... Le hice ver

que en el momento que careciese de recursos para pagar sus caprichos le abandonaría en medio de la calle.

THOMPSON. ¿Y él?

JORGE. No me creyó... Es una de las veces que le vi más excitado. Me preguntó si me atrevería á decírselo á ella cara á cara.

THOMPSON. ¿Y lo hiciste?

JORGE. Ya lo creo. (Coge un cigarro, corta la punta y la tira.)

THOMPSON. ¡Qué torpeza! ¿No comprendiste que te creabas una enemiga mortal?

JORGE. Fué á la noche siguiente... la noche en que Felipe murió... (Coge la cerilla.)

THOMPSON. ¿En su casa?

JORGE. En su casa. (Enciende la cerilla.)

THOMPSON. ¿Al oirte se pondría.. ?

JORGE. (Enciende el cigarro.) Parece que la estoy viendo; era una fiera... Luchó por conservarle de todas maneras... Primero mintió cínicamente porque al verle débil se mostró fuerte con una indignación que parecía verdadera, pero yo luché también por llevarme la presa y le dije clara y escuetamente cuanto por él había hecho y lo que ella en cambio estaba haciendo. Le pregunté por fin si creía que su madre, una señora respetabilísima por todos conceptos, podía tener por hija á Clara, y... en fin, apelé á tales medios que acabó por perder su serenidad, y en el paroxismo de su rabia empleó un lenguaje que demostraba su vil condición. Hay muchas mujeres como ésta á las que si consigues hacerlas perder la cabeza, ellas mismas declaran su verdadero carácter.

THOMPSON. (Que está oyendo con verdadero interés.) ¿Y después...?

JORGE. Acabé por obtener de Felipe su palabra de honor de que no se casaría con ella y me

rogó que les dejara solos. Así lo hice. Eran las doce de la noche. Por la mañana, al rayar el alba, Felipe se quitó la vida.

THOMPSON. ¿Y nunca te has preocupado del odio de esa mujer?

JORGE. (Encogiéndose de hombros.) Que me odie es natural.

THOMPSON. ¿No has pensado en que deseará vengarse?

JORGE. ¿Cómo puede hacerme daño aunque lo intente?

THOMPSON. Podrías herirla con sus propias armas acusándola de asesinato.

JORGE. Hasta ahora no hay motivo... Además, ella le necesitaba vivo; ¿pero muerto, para qué?

THOMPSON. Entonces, ¿cómo te explicas ese artículo?

JORGE. No me lo explico.

THOMPSON. ¿Pero suponte que la policía...?

JORGE. (Va á ponerle la mano en el hombro cariñosamente.) No entremos en el terreno de lo absurdo... Lamento que se hable de mis cartas por lo que pueda afectar á Margarita á quien desde luego pondré al corriente de todo.

THOMPSON. Ya conoce el artículo.

JORGE. Estoy seguro de que no le ha concedido la menor importancia.

THOMPSON. Lo único que le ha preocupado es si te causaba alguna contrariedad.

JORGE. ¿No comprendes, querido, que mañana ese mismo periódico referirá una nueva historia y ésta quedará relegada al olvido?

THOMPSON. Es probable; pero de todos modos bueno es que hayamos tenido esta explicación.

JORGE. ¿Por qué?

THOMPSON. (Levantándose y paseando pensativo.) Porque si tus cartas carecen de fecha, si esta mujer quiere perjudicarte y mezcla á la policía en el asunto... ¿qué pruebas puedes tú aportar? (Se sienta otra vez frente á él.)

JORGE. (Con una sonrisa.) Tú en tu carácter de abogado...

THOMPSON. Déjate de eso... yo te pregunto, ¿qué pruebas puedes aportar?

JORGE. ¿Pero pruebas, de qué?

THOMPSON. De que desde hace años nada te liga á esa mujer.

JORGE. ¿Para qué más prueba que mi palabra de hombre honrado? El amor que profeso á mi mujer, su confianza en mí...

THOMPSON. Y la mía, que también puede valer algo. Pero es necesario que todo eso lo pruebes ante un Tribunal... Veo que han pasado los años y sigues siendo el muchacho provinciano y sin malicia. (Entra Margarita y la señora Hughes.)

MARGARITA. Sal un momento, que se marchan todos á casa de la señora Farly al ensayo del baile.

JORGE. (Yendo al foro.) ¿Dónde están?

MARGARITA. En el hall poniéndose los abrigos. (Sale Jorge y es recibido con las voces de alegría de todos.) ¿Han hablado ustedes?

THOMPSON. Sí, y se limita á burlarse del artículo y decir que no le preocupa.

SEÑORA. Lo que le dije á usted. ¿Lo vé usted, Thompson?

THOMPSON. Se duele tan sólo de que todo esto pueda causar á usted alguna contrariedad.

MARGARITA. Me lo figuraba.

SEÑORA. Después de todo, mas vale así. Resulta, señor Thompson, que nos hemos alarmado sin motivo.

THOMPSON. Usted antes que yo, puesto que fué á buscarme y me obligó á venir.

SEÑORA. Yo, la verdad, me asusté, se trata de mis hijos. El caso no era para menos.

THOMPSON. De todos modos no se ha perdido el viaje.

MARGARITA. Olvidémoslo.

JORGE. (Por el foro hablando.) Sí, perfectamente... (Entra.) Ya se han marchado.

THOMPSON. Sentiría haber venido á preocuparte.

JORGE. De ninguna manera.

SEÑORA. En ese caso nos vamos. (Margarita toca el timbre.) Continuaré leyendo una novela histórica de un interés enorme. Si les dijera que he aprendido la historia gracias á las novelas...

MARGARITA. Ya me contarás lo que sucede.

THOMPSON. Y á mí, porque no tengo tiempo de leer más que pleitos y sentencias (Entra Tomás.)

MARGARITA. La señora y el señor Thompson se marchan, traiga los abrigos. (Sale Tomás.)

SEÑORA. Buenas noches, hijos. (Los besa.)

MARGARITA. Adiós, mamá.

JORGE. Mañana iremos en el coche á verte. (Margarita sale con la señora por el foro y ayuda á ponerla el abrigo que trae Tomás.)

THOMPSON. Adiós, y no eches en saco roto el artículo. No quiero ser alarmista, pero el mejor medio de hacer frente á todo, es estar preparado.

JORGE. Tienes razón, ¿pero qué puedo temer?

THOMPSON. De esa mujer, todo. (Se dan la mano, y á Margarita ya en la otra habitación.) Buenas noches.

MARGARITA. Buenas noches y gracias por su visita. (Los acompañan y vuelven cerrando Margarita la puerta del foro y apaga la luz. Va hacia Jorge, ambos se miran satisfechos y enamorados. Margarita coloca las manos en los hombros de Jorge.)

MARGARITA. ¡Jorge de mi vida!...

JORGE. (La rodea con sus brazos, la besa y con dulzura.) ¡Tesoro mío, qué feliz soy!...

MARGARITA. ¡Y yo!... ¿Quieres que hagamos un poco de música?

JORGE. Admirable..., pero después; primero debo decirte algo.

MARGARITA. ¿Sobre el artículo?... No te preocupe.

JORGE. En nada; pero me parece mejor decírtelo todo.

MARGARITA. Si quieres... pero conste, antes de oirte, que no creo palabra de cuanto dice.

JORGE. Sin embargo, es verdad hasta cierto punto en alguno de sus extremos. (Se sientan en el sofá iluminados por la lámpara.)

MARGARITA. ¿Cómo?

JORGE. En cierta ocasión escribí unas cartas de amor á la señorita Forster.

MARGARITA. (Sonriendo.) No te creo... pretendes asustarme...

JORGE. Te refiero la verdad. Esto sucedió hace tres años. Antes de conocerte ya había roto con ella. No quiero manchar la palabra amor usándola al hablar de esa mujer. Creí en ella y á los quince días me hizo perder las ilusiones. Yo era un muchacho que no había frecuentado mucho el trato de la mujer; siempre fuí un hombre amigo de mis amigos; amiga no había tenido ninguna.

MARGARITA. ¿Y ahora?

JORGE. (Rodeándola con sus brazos.) ¿Ahora? Supongo que esta historia antigua no me hará desmerecer á tus ojos.

MARGARITA. ¡Qué disparate!

JORGE. Perdóname... Mi profesión absorbió después todo mi tiempo. ¿Estoy perdonado?

MARGARITA. Claro que sí.

JORGE. Cuando te encontré ya había olvidado á esa mujer.

MARGARITA. Y desde entonces ¿has conocido á otras antes que á mí?...

JORGE. A millares... Mas aquella primera experiencia desventurada me puso en guardia... Cuando te conocí rendí las armas, porque comprendí que no estaba ante un enemigo. Eras la verdad, el amor puro, la confianza, la fidelidad. El alma habló por los ojos, el alma limpia de impurezas... ¿Me crees?

MARGARITA. (Se levanta y le acaricia la cabeza.) ¿No he de creerte? Yo no he pensado nunca en ser tu primer amor; eso sí, deseo ser el último.

JORGE. (Cogiéndola las manos y besándolas.) Nunca volví á ver ni á pensar en Clara Forster, hasta que la encontré intentando perder á Felipe.

MARGARITA. Creo de ti todo lo bueno... por eso te quiero y te querré siempre... Tengo una fe ciega en ti, puesto que para mí representas en este mundo la vida. Es lo único que puedo decirte, porque no encuentro más palabras para expresártelo.

JORGE. Quisiera ser aún más digno de ti, y con lo que has dicho me siento avergonzado de la historia ridícula que te he referido.

MARGARITA. Yo la he olvidado ya; olvídala también... Vamos á tocar el piano. La música llevará nuestros pensamientos á otras regiones. (Jorge la besa.)

JORGE. (Sentándose al piano.) ¿Qué toco?

MARGARITA. Lo que quieras.

JORGE. Escoge tú.

MARGARITA. (Va al musiquero y coge un libro de música.) Lo que salga.

JORGE. Veamos. (La coge una mano y se la besa; inicia un número de música mirándola y sonriéndose. De pronto se abre la puerta del foro, y aparece Tomás con el Inspector de Policía, viéndose un Agente en la otra habitación.)

TOMÁS. Perdonen los señores, pero este hombre insiste en pasar... (Jorge deja de tocar; se adelanta hacia el Inspector.)

INSPECTOR. (Dando un paso hacia él.) ¿El señor Rolff?

JORGE. Yo soy. ¿Por qué entra de este modo en mi casa? ¿Qué desea?

INSPECTOR. (Con cierta cortesía.) Tengo orden de detener á usted.

MARGARITA. (Da un paso hacia su marido y se apoya en él.) ¡Eh!

INSPECTOR. Señora, siento mucho haber interrumpido violentamente...

JORGE. ¿Esto supongo que será una broma?

INSPECTOR. ¿Una broma? ¿Por quién me toma usted?

(Va á la puerta, que cerró Tomás; la abre y llama:) ¡Swan!

SWAN. (Adelantándose.) Señor...

INSPECTOR. ¿Está ahí el capitán Warren?

SWAN. En el hall. ¿Le llamo?

INSPECTOR. No es preciso. (Cierra la puerta.)

MARGARITA. ¡Jorge!...

INSPECTOR. Ya ven ustedes que no se trata de ninguna broma. (Enseña la insignia.)

JORGE. ¿Y dice usted que viene á detenerme?

INSPECTOR. Sí, señor; y espero que me facilitará el cumplimiento de mi deber viniendo conmigo.

MARGARITA. ¡Jorge!... (Las dos veces que pronuncia este nombre le matiza con más congoja.)

JORGE. ¿Y por qué se me detiene?

INSPECTOR. Por el asesinato de Felipe Long.

MARGARITA. ¡No, no; eso no es posible! ¡Es necesario estar loco! Mi marido era el mejor amigo de ese señor, y su conducta se halla libre de todo reproche. No puede usted ser portador de una acusación tan grave contra él... Medio New York se opondría á su detención...

JORGE. (Con gran serenidad.) Permíteme, Margarita... (Al Inspector.) ¿Trae usted el auto de prisión?

INSPECTOR. (Entrega á Jorge un papel, y mientras lo lee se dirige á Margarita.) Es el Estado el que acusa; no soy yo, señora...

MARGARITA. (Más excitada.) ¿Pero es posible que en una nacion libre como la nuestra se detenga por fuerza á un inocente y se le arranque de noche de su casa?

JORGE. (Procurando calmarla.) Margarita, ten calma. (Al Inspector.) ¿Adónde me lleva usted?

INSPECTOR. Al puesto inmediato ahora, para formalizar los cargos.

MARGARITA. (Acongojada.) Pero ¿qué cargos...? (Jorge la abraza.)

INSPECTOR. Mañana por la mañana comparecerá usted ante...

MARGARITA. Pero si mi marido está enfermo; aún no ha salido después de una pulmonía...

JORGE. ¿No puedo prestar fianza ó personas que respondan por mí?

MARGARITA. (Rápida.) Tendremos cuantos quieran. Jorge, ¿á quién me dirijo? Más de cincuenta personas de las más importantes de New York responderán por él...

INSPECTOR. Yo nada puedo hacer ni resolver sobre este extremo; eso el juez es quien decidirá, aunque mucho me temo que en asunto como este no la admitan nada de lo que proponen.

JORGE. ¿En caso como este donde no existen pruebas contra mí...?

INSPECTOR. Perdonen ustedes, no me incumbe discutir el caso, sino conducirle. Lo que sí me permito aconsejarle, es que tome cuanto necesite de indispensable, por suponer que le será negada la libertad bajo fianza.

MARGARITA. (Muy excitada y abrazándose á él.) Eso es mentira, eso es mentira.

JORGE. Ten calma, hija mía...

INSPECTOR. ¿Pero no ha leído usted los periódicos de esta noche?

JORGE. ¿Y me detiene usted fundado en el artículo que alude á mis cartas?

MARGARITA. Unas cartas escritas hace años...

JORGE. Por Dios, Margarita, calma...

INSPECTOR. Esa mujer ha hecho una declaración que compromete á usted gravemente y que le será leída en la Inspección... ¿Está usted dispuesto á acompañarme?

MARGARITA. ¿Y dan ustedes crédito á lo que diga una mujer de esa clase, que tal vez pretende salvarse de alguna acusación?

INSPECTOR. ¿Está usted dispuesto á venir?

MARGARITA. (Poniéndose entre los dos.) No, no; usted no puede llevársele de este modo.

JORGE. (Separándola.) Margarita, no te excites.

MARGARITA. Ha estado enfermo... No le puede usted obligar á salir de su casa para que duerma en cualquier parte. Usted no tiene derecho á poner en peligro su vida.

JORGE. Margarita, es preciso que vaya... todo se arreglará... Volveré pronto, tal vez mañana. (La abraza.) Hasta mañana, hija mía.

MARGARITA. No, no, no puedo soportarlo. Veo mejor que tú el peligro que te acecha... Déjele aquí esta noche. Le doy mi palabra de que mañana se pondrá á su disposición... ¿Verdad, Jorge?

JORGE. Eso no es posible. Hay que cumplir la ley y me siento con energía para acompañar á este caballero. Si me quieres, procura tranquilizarte. Adiós. (Ella procura contenerse, él la abraza y besa. Ella solloza desesperadamente, él se vuelve con decisión al Inspector.) Estoy á sus órdenes.

MARGARITA. No, todavía no. Tal vez encontremos algún medio.

INSPECTOR. (Interponiéndose con gran cortesía.) No queda ninguno, señora. Si su marido es inocente, lo probará; mientras tanto...

MARGARITA. No vayas, Jorge. Resiste. A la fuerza no pueden llevarte. Que prueben lo que dicen sin sacarte de aquí... No vayas, no vayas...

JORGE. ¿Pero quieres que me lleven á viva fuerza?

INSPECTOR. Señora, su marido viene por su voluntad; yo la ruego con toda clase de respetos que no empeore la situación.

MARGARITA. (Sollozando.) Si le lleva usted esta noche va á recaer en su enfermedad...

JORGE. (Dando muestras de gran sufrimiento.) Margarita, por Dios...

MARGARITA. No irás, no. (Yendo á él.)

JORGE. Llame á sus subordinados y sáquenme á la fuerza. (El Inspector va á la puerta del foro y abre.)

INSPECTOR. Swan...

MARGARITA. (Abrazada á él.) Mi Jorge... (Este procura calmarla; entra Swan.)

INSPECTOR. Hágase cargo de este hombre.

SWAN. (Avanza con el brazo extendido.) Tenga la bondad.

MARGARITA. (Secándose nerviosa los ojos.) No; tocarle, no. Véte, Jorge; adiós.

INSPECTOR. (Hace señas á Jorge de que aproveche para salir.) Vamos, señor. (Salen y cierra.)

MARGARITA. (Se tapa la cara con el pañuelo.) ¡Dios mío, Dios mío! (De pronto da un salto, va á la puerta gritando.) ¡Jorge, Jorge! (La abre y aparece el Inspector que la contiene, entra y cierra. Margarita en la puerta continúa gritando cada vez más fuerte.) ¡Jorge de mi alma, Jorge... Jorge!..

TELON



ACTO SEGUNDO

Sala de visitas privadas en la prisión.

Puerta á la izquierda, gran ventanal al foro con cristales raspados, puerta á la derecha y otra pequeña en segundo término izquierda.

El mobiliario está reducido á media docena de sillas, una mesa despacho con teléfono y recado de escribir, su sillón de báscula y en la pared un gran cuadro con marco conteniendo el Reglamento de la Prisión. Del centro de la habitación pende un sencillo aparato de luz.

Al levantarse el telón aparecen en escena Margarita, la señora Hughes y Thompson, las dos primeras sentadas, él paseándose pensativo.

SEÑORA. (Mirando la habitación con sus impertinentes.) ¡Qué habitación más especial! ¡Parece el locutorio de un convento! ¿Y es aquí donde te obligan á verle siempre?

MARGARITA. Sí.

SEÑORA. Pues es una habitación bien poco confortable, no tiene ni instalada la calefacción. (Tratando de abrir las ventanas.) En cuanto á vistas... no se pueden abrir las ventanas... Y del mobiliario no hablemos... Han debido tener en cuenta cómo se amueblan actualmente los hoteles...

THOMPSON. (La mira irónico un momento.) Amiga mía, usted se olvida, claro está, de que los huéspedes de los hoteles á que usted alude, pagan un dineral por habitarlos y tienen derecho á exigir comodidad y lujo. En éste, los inquilinos no abonan nada, pagan con su conciencia.

MARGARITA. Jorge bien caro paga el alojamiento y no con su conciencia ciertamente.

THOMPSON. Cierto, pero á veces necesita sufrir el inocente para que sea castigado el culpable. Es la historia del mundo.

SEÑORA. Este lugar me ataca los nervios, me parece que no me van á dejar salir... ¿Vendrá pronto tu marido?

THOMPSON. (Mirando al reloj.) Nos hemos adelantado algo, pero no tardará.

SEÑORA. ¿Creen ustedes que le molestaría si me marchara? (Espera una respuesta que no llega.) Le dejaría al vigilante mi tarjeta doblada para que supiera que había estado... ó podían ustedes decirle que me era imposible esperar más... (Saca la tarjeta.)

MARGARITA. No dejes tarjeta alguna, mamá, deja tu cariño... Yo se lo diré á Jorge... Puedes irte... precisamente el señor Thompson y yo tenemos que hablar un gran rato con él, y el tiempo que conceden no es mucho.

SEÑORA. (Levantándose.) Yo me quedaría para aconsejarle... pero delante de Thompson lo que yo pudiera decirle resultaría ridículo... Además no me encuentro en mi centro entre estas cuatro paredes, estoy violenta... ¡Pensar que un yerno de la señora Winifred Hughes ha venido á parar á esta casa..., Jesús me valga...! (Se santigua.)

MARGARITA. En efecto, mamá, es preferible que te marches... no tienes los nervios para presenciar escenas de esta índole.

SEÑORA. No debía haber venido... si no hubiera sido por usted...

MARGARITA Recuerda que fuíste tú la que insistió...

SEÑORA. Pero á requerimiento de Thompson... Creí que me necesitaríais... ¿Por dónde se sale? (Va hacia la izquierda y aparece un vigilante.)

MARGARITA. ¿Quiere hacer el favor de acompañar á la señora hacia la salida?

VIGILANTE. (Atraviesa la escena, saca una llave del bolsillo, abre la

puerta de la derecha y deja pasar á la señora saliendo tras ella.) Tenga la bondad, señora...

SEÑORA. ¿Véis? No sé dónde tengo la cabeza, me iba al interior de la prisión seguramente. Hasta luego. (Salen.)

THOMPSON. Dejaré á usted á solas con Jorge y volveré.

MARGARITA. Breves momentos... la presencia de usted me tranquiliza.

THOMPSON. No se calumnie á sí misma. Es usted una mujer maravillosa. ¡Qué serenidad y cuánta energía la suya!

MARGARITA. Puede creerme, amigo Thompson, que todo lo pierdo cuando recuerdo aquélla noche espantosa de hace tres semanas.

THOMPSON. Es natural, muy natural... (Entra el vigilante, cierra y sale por la izquierda.)

MARGARITA. Sin duda la fatiga causada por la angustia de su enfermedad... No soy resistente.

THOMPSON. La mujer que se ha mostrado incansable durante este tiempo, no tiene derecho á decir eso.

MARGARITA. Si usted hubiese estado allí aquella noche... no hubiera hecho lo que hice... ¡Cuánto he lamentado luego el daño que le causé...!

THOMPSON. ¿Pero usted está convencida de que él no esperaba lo que sucedió?

MARGARITA. (Asombrada.) Naturalmente... ¡Qué pregunta más rara!

THOMPSON. Mi profesión exige hacer toda clase de preguntas, no debe usted extrañarse.

MARGARITA. (Mirándole con inquietud.) Sí... pero...

THOMPSON. (Sin oirla ni mirarla.) Porque me sorprende que Jorge no hablase con usted nada del asunto.

MARGARITA. Es que para él no tenía la menor importancia... no era asunto...

THOMPSON. O como usted quiera llamarle.

MARGARITA. ¿Y no le he dicho á usted que me habló de él?...

THOMPSON. Claro que sí, pero cuando lo sabía todo el mundo.

MARGARITA. Sin embargo...

THOMPSON. Ese mismo detalle le acusa...

MARGARITA. (Alarmada.) ¿Por qué?

THOMPSON. (Sentándose á su lado y desde ahora mirándola atentamente.) Sencillamente porque se confió á usted cuando no tenía otro remedio, cuando las circunstancias le obligaron á ello... y entonces alegó que las cartas databan de hace tres años...

MARGARITA. No alegó, se limitó á establecer un hecho.

THOMPSON. El hecho de que han sido escritas pocos días antes del asesinato.

MARGARITA. Pero si sabe usted que están falsificadas.

THOMPSON. Lo sé... lo sé... Eso compete demostrarlo á los peritos.

MARGARITA. Discute usted conmigo como si creyera, vamos, como si no tuviera confianza...

THOMPSON. (Se levanta y pasea.) Yo no creo nada, sólo procuro buscar cuantos detalles puedan serme útiles. (Ella le mira con desconfianza.)

MARGARITA. Jorge es la inocencia personificada, de la cual no podemos dudar los que le conocemos íntimamente.

THOMPSON. Es cierto desde el punto de vista de su mujer; pero no se puede colocar el abogado que tiene el deber de salvarle en el mismo plano.

MARGARITA. No creo que la Justicia pueda engañarse.

THOMPSON. Podría citar á usted bastantes casos ocurridos en New York, en estos últimos catorce años, de hombres que han expiado el crimen de asesinato, aunque su familia, sus íntimos y buena parte de la opinión, se hallaban plenamente convencidos de su inocencia.

MARGARITA. (Mirándole con gran tristeza en el semblante.) Es una crueldad, por su parte, hablarme de ese modo. ¿Por qué lo hace usted?

THOMPSON. (Se sienta y con voz más dulce.) Entiéndame. Ne-

cesito fijar, clavar en el ánimo de usted el hecho de que en este caso, con razón ó sin ella, todas las pruebas están en contra de su marido.

MARGARITA. Sin razón, sin razón.

THOMPSON. Muy bien, y por eso mismo es necesario que trabajemos sin perder momento por salvarle... Lamento parecer á usted duro y cruel...

MARGARITA. *(Con los ojos llenos de lágrimas.)* Al escucharle advierto un cambio en usted... No veo al amigo de Jorge; parece usted un desconocido, que maldita la confianza que le mereciese...

THOMPSON. *(Cogiéndola una mano y con tono amistoso.)* No; no es eso... es... que por razones que no se me alcanzan, Jorge no ha sido completamente franco.

MARGARITA. ¿Qué dice usted?

THOMPSON. Un ejemplo se encuentra en la ocultación de sus relaciones con ella.

MARGARITA. Pero si ha confesado todo cuanto se refiere á su trato con Clara Forster.

THOMPSON. ¿Y ha relatado todo lo concerniente a Felipe Long?

MARGARITA. Lo mismo.

THOMPSON. ¿Está usted segura de saberlo todo? Dígame todo absolutamente lo que sepa, por trivial é insignificante que le parezca. Yo necesito saberlo todo.

MARGARITA. *(Pensativa mientras Thompson la observa.)* Estoy recordando y veo que sabe tanto como yo, y estoy segura de conocer todo lo ocurrido. *(Al observar el modo de mirarla Thompson.)* Pero advierto que toma usted una actitud ofensiva con nosotros... conmigo. ¿Por qué...?

THOMPSON. Para poder salvarle, querida amiga, es preciso que yo lo sepa todo... todo; ¿me entiende usted?

MARGARITA. (Asustada.) Pero si lo sabe usted...

THOMPSON. En el asunto aparece una prueba definitiva contra Jorge. La parte contraria procuraba mantenerla secreta para mostrarla en el momento oportuno al tribunal... Por fortuna, un periódico la ha descubierto y procuraré refutarla con todos mis medios.

MARGARITA. (Con ansiedad.) ¿En qué consiste?

THOMPSON. Ahora cuando venga lo sabrán ustedes.

(Jorge aparece por la izquierda muy pálido, pero de buen aspecto.)

MARGARITA. (Precipitándose á él y abrazándole casi en el dintel de la puerta.) ¡Jorge!

JORGE. (Después de tener un momento en silencio á Margarita alarga una mano á Thompson.) ¿Cómo va, Thompson?

MARGARITA. ¿Qué tal te encuentras?

JORGE. (Entrando y sentando á Margarita.) Nunca me he sentido mejor, no te preocupes por mi salud... Me gustaría estar al aire libre, pero debo cumplir las prescripciones del médico... mucha quietud, reposo absoluto... ¿Qué hay de nuevo? (Se sienta.)

MARGARITA. (Sonriente.) Siempre buenas noticias... Todos cuantos conoces creen ciegamente en tu inocencia y te defienden haciendo atmósfera en tu favor... Nadie duda de que saldrás triunfante del proceso.

JORGE. Esa misma impresión tengo yo. Recibo cartas en este sentido. ¿Pero hay alguna noticia práctica?

THOMPSON. Voy á buscar unos papeles, ahora vuelvo.

(Sale por segunda izquierda.)

JORGE. Oye un momento...

MARGARITA. (En voz baja.) No le detengas.

JORGE. (Abrazado á Margarita.) ¡Lo que tienes que sufrir por mí...! ¡Pobre Margarita!

MARGARITA. (Echando la cabeza en su hombro.) Escucha; ahora que se ha marchado, tengo algo que de-

cirte muy importante, algo que acabo de descubrir.

JORGE. ¿Qué es?

MARGARITA. Encuentro muy raro á Thompson, vacilante, desconfiado... qué sé yo...

JORGE. No comprendo.

MARGARITA. ¿Cómo decírtelo? Me parece que no es el abogado que necesitas...

JORGE. ¿Supongo que no me creerá culpable?

MARGARITA. (Rápidamente.) No, no, yo no he dicho eso... sólo que verás... Hoy me ha hecho toda clase de preguntas, algunas muy extrañas... como la de si tú me lo habías contado todo y si yo se lo había referido con exactitud á él.

JORGE. ¿Y qué contestaste?

MARGARITA. No recuerdo... Que lo único que podía decirle era que nada nos habías ocultado.

JORGE. Nada. (La coge las manos.)

MARGARITA. Lo sabía sin que lo dijeras... ¡Si supieses cuánto me hacen sufrir...!

JORGE. Si yo fuese solo, soportaría mejor mi suerte... pero me es tan doloroso pensar en ti... como debe serte penoso acordarte de tu marido...

MARGARITA. Si al menos pudiese estar contigo...

JORGE. No, ni pensarlo; entonces el sufrimiento sería continuo, incesante; de cada hora, de minuto en minuto, sufrirías más.

MARGARITA. ¿Y qué importa? Pero me doy cuenta de que mi labor está fuera de esta casa... ¿Decides continuar con Thompson?

JORGE. Siempre; tengo en él una gran confianza; me parece que hace cuanto puede.

MARGARITA. Después de todo, sea quien sea tu abogado, obtendrás la libertad...

JORGE. Así lo espero, y esta seguridad me hace soportar la vileza que cometen conmigo sólo por una acusación sin base. Soy un hombre

honrado que jamás ha cometido el menor acto reprobable...

MARGARITA. ¿Cómo van á condenarte? Imposible.

JORGE. (Olvidando que está delante de su mujer, y con desesperación se levanta.) ¡Sí, todo esto es cierto, y, sin embargo, se me acusa de un crimen, se me recluye en una cárcel y me obligan á pasar por el oprobio de un proceso! ¡Es inconcebible!... Parece que estamos en la Edad Media.

MARGARITA. Verdaderamente, es un ultraje...

JORGE. (Ya con calma y sonriente.) Pero debemos pensar que las leyes que nos rigen están mejor concebidas que las que nosotros pudiéramos dictar. (Dan dos golpes en la puerta segunda izquierda.)

MARGARITA. Adelante.

THOMPSON. (Con una cartera, que deja en la mesa; dirigiéndose luego á Margarita.) Voy á pedir á usted un favor: que me deje unos minutos á solas con Jorge.

MARGARITA. No comprendo... Usted me ha dicho que deseaba revelar á mi marido algo que juzga una prueba contra nosotros; es natural que yo quiera oirlo.

JORGE. (Con interés.) ¿Qué es ello?

THOMPSON. Hay cosas que deseo discutir con su marido, y que trataríamos mejor sin la presencia de usted.

MARGARITA. ¿Por qué?

JORGE. Pero si lo deseaba así Thompson...

MARGARITA. Sea bueno ó malo, no quiero ignorarlo... He de participar de todo en estos días de prueba... Además, tú no tienes secretos para mí...

JORGE. Ninguno.

MARGARITA. ¿Y ahora vas á guardar el primero?

JORGE. No, hija; pero si Thompson considera...

MARGARITA. (Volviéndose con gran lealtad á Thompson.) Sin pro-

pósito de ofenderle, debo decirle que no estoy dispuesta á consentir que interrogue á mi marido sin estar yo presente; usted no tiene en él la fe que yo; usted vacila desde hace unos días. Yo no le dejaré á usted hasta que este asunto esté terminado... Si Jorge quiere que me vaya...

THOMPSON. Mi propósito, señora, era evitar á usted un dolor más, que considero innecesario causarla ahora.

JORGE. Ya oyes.

MARGARITA. Yo quiero participar de tus dolores. Quiero saberlo todo, todo, para poder luchar con esa mujer.

JORGE. (Sonriendo, á Thompson.) Como ves, es valiente...

THOMPSON. Pues bien, sea. La parte contraria posee una carta que Felipe Long te escribió el mismo día de su muerte.. y alega que este dato es una prueba aplastante contra ti.

JORGE. Yo no he recibido semejante carta.

THOMPSON. Como que no te la envió... Fué encontrada entre sus papeles.

MARGARITA. Esa debe ser otra falsedad como la de las fechas añadidas en las cartas de Jorge.

THOMPSON. Tengo mis razones para creer que la carta es auténtica... pero de todos modos, si la presentan eomo prueba la someteríamos al examen de nuestros peritos... Miren una copia. (La saca de la cartera y se acercan los dos.)

MARGARITA. ¿Qué dice?

THOMPSON. (Lee.) «Jorge: he sabido casualmente y no por ella, que has estado hoy en casa á ver á Clara...»

JORGE. La mañana que estuve á pedirla que rompiese con Felipe espontaneamente, pensaba asustarla para evitar una escena más terrible entre los tres, escena que había de ser brutal y degradante para él, y... para todos nosotros.

THOMPSON. ¿De modo que la visita de la noche era la segunda en aquel día?

JORGE. Sí.

THOMPSON. Lo que no comprendo es porqué no nos has hablado de ella.

JORGE. No se me ha ocurrido.

MARGARITA. Sin duda porque no tuvo éxito...; como la importante fué la segunda...

JORGE. Esa señorita estaba ausente cuando la visité, por eso no la habré citado; en fin, no sé la razón...

THOMPSON. No faltará ahora quien la cuente en perjuicio tuyo.

MARGARITA. ¿Piensa usted...? Pero sería infame.

JORGE. Continúo diciéndote que por la noche estaba Felipe en el Club, medio embriagado y rabioso conmigo. Me acusó de todo género de traiciones, pero como me constaba que no sabía lo que decía no le hice caso, máxime cuando podía demostrarle que sus celos eran completamente infundados... pero continúa leyendo.

THOMPSON. (Lee.) «Cuando comuniqué á Clara tu visi»ta fingió ignorar el motivo y me dijo que »no te había visto, pero bien pronto com»prendí que procuraba disculparte. Enton»ces la declaré que estabas removiendo cie»lo y tierra para impedir que me casara con »ella. Al oírlo me confesó que no sólo ha»bías ido á verla por la mañana sino que te »había visto otras muchas veces, que po»seía cartas de amor tuyas, que podía en»señarme, y que el único móvil que te im»pulsaba á impedir nuestra boda era tu amor »hacia ella. En vista de esto te digo que eres »un mal amigo, y te juro...» Bueno, el resto son barbaridades que no hay para qué leer. (Echa el pedazo de papel sobre la mesa.)

JORGE. ¡Pobre amigo...! Con sus procedimientos

diabólicos acabó con él. Se nota por el tono en que está escrita, que cuando la escribió no estaba en su juicio... Ahora recuerdo que me habló de esa carta y á propósito de ella tuvimos una reyerta en su habitación.

THOMPSON. (Interesado.) ¿Ves? Es la primera noticia que tengo de ello. ¿La misma noche?

JORGE. No fué reyerta, una discusión viva. Empezó con la misma historia y entonces citó la carta que dijo se alegraba no habérmela enviado.

MARGARITA. Debió tener un momento de lucidez y recobrar la confianza en ti...

THOMPSON. Es muy corriente arrepentirse de un primer impulso comprendiendo que se está equivocado... Confío en que podamos persuadir al Jurado si esa mujer no jura que lo dicho en la carta es verdad.

JORGE. ¿Si no jura...?

THOMPSON. Claro, comprenderás que sus palabras, apoyadas por la carta, no pueden ser destruídas por una explicación sin pruebas.

JORGE. ¿Y tú crees que la familia va á descender á presentar á Clara como principal testigo?

THOMPSON. Naturalmente.

JORGE. En tal caso, ¿procurarás buscar contradicciones en su declaración?

THOMPSON. Haré todo lo que sea preciso hacer.

JORGE. Y, seguramente, conseguirás desenmarañar su tejido de embustes.

THOMPSON. No creas que será tan fácil, porque ella va perfectamente preparada y me contestará á todo con la mayor naturalidad.

JORGE. (Pensativo.) Seguramente, además de ser muy lista...

THOMPSON. Existe una prueba circunstancial, terrible, contra ti.

JORGE. Todo, todo está en contra mía.

THOMPSON. Si cuando dejaste á Felipe y á Clara juntos te hubieras ido directamente á tu casa...

JORGE. No podía, mi cabeza estallaba, necesitaba impregnarme del frío de la noche y estuve paseándome dos horas por el Parque.

THOMPSON. Mientras él se mataba. Parece como si el mismo demonio hubiese planeado el asunto. Si te hubieras encontrado á alguien... ¿recuerdas haber hablado con... alguien?, sería tu salvación...

JORGE. Sí, lo comprendo, con una persona que me hubiese visto abandonar su casa á las doce y media...

THOMPSON. (Paseando.) No pudiendo presentar un testigo que demuestre este extremo... Pero ¿por qué nos ocultabas que habías conocido á esa mujer?

JORGE. ¿Me iba á jactar de ello?

THOMPSON. Y, luego, esas malditas cartas fechadas en la misma semana de la muerte... y la de Felipe, que viene á complicarlo más...

MARGARITA. (Coge la carta de encima de la mesa.) Se puede explicar...

JORGE. No te canses, Margarita; los jurados quieren pruebas, no explicaciones. (Le coge la carta y la mira.)

THOMPSON. (Deteniéndose en sus paseos ante Jorge.) ¿Y esa reyerta que dices tuviste? (Ante el movimiento de Jorge.) Bueno, primero has dicho que hubo reyerta, de pués dices que no; tú mismo te contradices... niegas... explicas, pero en definitiva no pruebas nada, al contrario... de tal manera, que no me aventuraría á ponerte entre los testigos de este desdichado asunto.

MARGARITA. Yo destruiré todo demostrando el amor profundo que me profesaba, precisamente en esa época; no hay hombre, por corrompido que sea, capaz de amar á otra mujer, como se quiere suponer en Jorge, y casarse conmi-

go en el mismo momento. Nos casamos, y soy por él la mujer más feliz del mundo. ¿Esto no prueba nada?

THOMPSON. (Aprovechando el momento de exaltación se acerca á ellos emocionado.) Aquí, entre estas cuatro paredes donde nadie nos escucha más que la mujer que amas, y yo, que necesito salvarte, quiero que me confieses la verdad, toda la verdad; dímela y te creeré. ¿Has matado á Felipe? (Jorge le mira horrorizado.)

MARGARITA. (Levantándose como una leona y poniéndose ante él como para protegerle.) Ya te lo decía, Jorge, que tendrías que sufrir esto. No le contestes, no lo merece.

JORGE. (Se levanta, aparta dulcemente á Margarita y mirando con serenidad á Thompson.) No, no he matado yo á Felipe.

THOMPSON. Tendríais una disputa y en un momento de arrebato...

JORGE. (Tranquilo.) Nada, nada, no hubo arrebato.

THOMPSON. Como estaba borracho, te insultaría... tal vez aludiera á tu mujer... Te acometió furioso por los insultos que habías dirigido á la mujer á quien amaba... y tú... en defensa propia...

JORGE. (Tranquilo y firme.) Calla, calla. (Pausa.) No sé ya, amigo Thompson, lo que hacer para llevar á tu ánimo el convencimiento de mi inocencia. ¿Tengo aspecto de criminal? (Ante un movimiento de Thompson que él reprime.) Tú conociste á Felipe, era un atleta, yo un ser débil que le dominaba a fuerza de cariño. Criados y educados juntos, nos queríamos como hermanos, y comprenderás que al saberle en poder de Clara, todo mi ser se rebeló y puse mis energías todas para quebrantar su voluntad y contrarrestar la influencia de la otra. Que hubo luchas entre nosotros ¡qué duda cabe!, pero luchas de mi cariño contra su ob-

cecación. Que llegué á levantar la mano contra él, pero movido por la ira que me producía mi impotencia. ¡Qué no hubiera hecho por habérsele devuelto feliz á su madre! El día de su muerte tuvimos una de esas disputas y alcé mi mano, pero sin hacerle el menor daño; salí de su casa dejándolos juntos. Esta es la verdad, Thompson, no soy un fratricida.

THOMPSON. (Después de un momento de pausa, mientras Margarita materialmente le come con la vista y él continúa mirando á Jorge.) Gracias á Dios, necesitaba creerlo y ya lo creo. (A Margarita.) Perdóneme, la diré que su fe ha logrado conservar viva la mía. Esto le salvará si la fe tiene poder para ello.

MARGARITA. Mi fe en él es más que humana... procede de mi alma... y usted sabe que en toda alma de mujer se encuentra lo que tenemos de divino.

VIGILANTE. Dispensen ustedes, pero ha transcurrido el tiempo que el señor Rolff puede estar aquí,

THOMPSON. Ahora se retira. (A Jorge en tono alegre.) Y con todo esto, no te hemos dicho que la vista será en el mes de Marzo.

JORGE. ¿Tan tarde?

THOMPSON. No es tanto... necesitamos este tiempo y no sobrará. Ellos trabajan mucho con sus falsedades, y nosotros hemos de reunir pruebas y testigos para contrarrestar sus ataques.

JORGE. (Dá la carta á Thompson, que guarda, y se vuelve á Margarita.) Yo no sé lo que me sucede, pero no siento palpablemente todo el horror de mi posición.

MARGARITA. Porque no te crees capaz de hacer lo que te imputan.

THOMPSON. Si fueses culpable no estarías tan tranquilo. Lo que me hace falta es, que en tus soledades escudriñes en tu memoria cuantos deta-

lles puedan facilitar mi trabajo. Todo lo que se relacione con ellos, nos es útil; mañana me dirás... Hasta la vista... (Le da la mano.)

JORGE. (Con gran naturalidad.) Hasta mañana. (Sale Thompson por la segunda izquierda.)

MARGARITA. Hasta mañana, Jorge.

JORGE. (La besa.) Hasta mañana.

MARGARITA. ¿No te han desanimado estas noticias?

JORGE. En absoluto.

MARGARITA. ¿Estás bien en tu habitación?

JORGE. (De broma.) Muy bien, hija. Hasta mañana. (Sale con el vigilante por primera izquierda. Margarita abatida queda mirando por donde salió, y sin hacer ruido entra Thompson.)

THOMPSON. ¿Nos vamos?

MARGARITA. (Se sienta al lado de la mesa.) Un momento. Estaba pensando lo provechosa que ha sido la entrevista de hoy... y he decidido hacer yo algo por mi parte... claro, que si á usted le parece bien...

THOMPSON. ¿Qué es ello? (Se sienta,)

MARGARITA. Existe una mujer que tiene la clave de todo.

THOMPSON. Clara Forster.

MARGARITA. Justamente, en todo asunto hay una; en este nos ha tocado á Clara.

THOMPSON. Pero en éste no aparece como acusando, se presenta simplemente como testigo, pero temible, porque lo sabe todo y maneja á las dos partes á su antojo.

MARGARITA. Se equivoca usted; hay una mujer oculta tras ella, la que nos diría la verdad si consiguiéramos que hablase.

THOMPSON. Comprendo su idea.

MARGARITA. Toda la cuestión está en apoderarnos de esa segunda mujer.

THOMPSON Esa es la dificultad.

MARGARITA. Tamaña empresa necesita otra mujer para llevarla á cabo.

THOMPSON. ¿Y á quién recurrir?

MARGARITA. A nadie. Yo me encargo de todo. ¿Quién mejor? Pero se me ocurre una pregunta: ¿Me conocerá esa mujer?

THOMPSON. (Después de pensar un momento.) No lo creo. Nunca oyó hablar de usted hasta su casamiento, es decir, hasta después de celebrado. Además, vivían ustedes en mundos distintos... Posteriormente, ya una vez casada, apenas ha salido de casa encerrada en las habitaciones donde Rolff ha pasado su enfermedad.

MARGARITA. Evidentemente, no cabe suponer... ¿Sabe usted donde vive?

THOMPSON. Claro, nuestros policías siguen todos sus pasos desde hace dos semanas.

MARGARITA. Yo necesito hablar con ellos para que cuenten todo al detalle, su vida, sus gustos.

THOMPSON. ¿Qué se propone usted?

MARGARITA. Muy sencillo. ¿Supongo que tendrá alquilado un piso?

THOMPSON. En un barrio muy poco aristocrático.

MARGARITA. Eso no tiene importancia. Necesito vivir en su casa á ser posible, y lo más cerca de su habitación.

THOMPSON. Eso es imposible. Usted no puede vivir allí.

MARGARITA. ¿Por qué?

THOMPSON. Imposible, le digo. El sitio... la vecindad. Todo lo que la rodea la producirá náuseas.

MARGARITA. No me importa lo que pueda rodearme una temporada con tal que Jorge se salve. Lo necesario es probar la inocencia de mi marido; los medios á emplear... cualquiera, todos son buenos. Yo he de hablar con esa mujer... trataré á sus amigos, copiaré sus maneras, sus gestos para ser una de ellas en apariencia, en la gracia, en la conversación, en el comer, en el beber, en el fumar... en todo lo que constituya semejanza. (Suena un timbre fuera; atraviesa la escena el vigilante.)

THOMPSON. (Asombrado.) ¿Y usted va á hacer eso?

MARGARITA. (Natural.) Yo. No saben ustedes de lo que es capaz una mujer por el ser que ama. Ustedes sufren torturas físicas por nuestra causa, pero ignoran lo que nosotras sufrimos espiritualmente por ustedes.

THOMPSON. (La coge la mano y se la besa con respeto.) Señora, es usted admirable.

MARGARITA. Todo lo que hago es por el amor de Jorge y siguiendo su ejemplo.

VIGILANTE. Señor Thompson.

THOMPSON. ¿Que hay?

VIGILANTE. Una señora que trae permiso para ver al señor Rolff. La he dicho que este señor se había retirado ya, pero que usted se encontraba en la casa, y ha dicho que deseaba entrar de todos modos.

THOMPSON. Pregúntela quién es. (Sale el vigilante.)

MARGARITA. ¿Quién podrá ser?

THOMPSON. (Abre la segunda izquierda.) Ocúltese aquí, mantendré abierta la puerta en el caso de que se trate de persona á quien usted no quiera ver. (Margarita entra.)

VIGILANTE. Dice que es la señorita Clara Forster, al menos ese es el nombre que consta en el pase que trae.

MARGARITA. ¡Qué audacia!

THOMPSON. Que pase. (Sale el vigilante; á Margarita.) Pronto, ocúltese.

CLARA. Buenas tardes. (Es una joven hermosa, de refinados modales y que no denota ser la clase de persona que es en realidad.)

THOMPSON. (Ante la puerta entreabierta.) Muy buenas tardes. ¿Usted es la señorita Clara Forster?

CLARA. Sí, señor. ¿Y usted quién es?

THOMPSON. Soy el defensor del señor Rolff y me llamo Thompson.

CLARA. Perfectamente. Yo vengo á ver á Jorge; por eso he insistido. (Sonriente.) A usted ya le veré de sobra en el tribunal.

THOMPSON. (Muy cortés.) Pidamos á Dios sea por poco tiempo.

CLARA. (Mirándole con cinismo.) Le veré siempre con gusto, señor Thompson, y cuando tenga algún proceso, me acordaré de usted para que me defienda. (Sonriéndose con intención.)

THOMPSON. (Con sequedad.) Tantas gracias.

CLARA. ¿Supongo que me podrá usted proporcionar una entrevista con Jorge?

THOMPSON. El señor Rolff ha estado en esta habitación todo el tiempo que permite el reglamento y...

CLARA. (Familiar.) Amigo Thompson, ya sabe usted que todos los reglamentos se han hecho para no cumplirlos, y yo confío que una persona tan atenta como usted me ayudará á conseguir mi propósito.

THOMPSON. Vamos á invertir el juego. ¿Quiere usted hacerme otro favor á mí?

CLARA. (Siempre sonriendo en sinvergüenza.) Con mucho gusto; pida usted.

THOMPSON. Dígame por qué desea ver al señor Rolff.

CLARA. Es algo que á usted no le importa.

THOMPSON. (La ofrece una silla.) De todas maneras, yo lo sabría, el señor Rolff me lo diría.

CLARA. (Riéndose irónica.) Lo dudo mucho, amigo Thompson... ¿Le ha dicho á usted que vendría á verle hoy?

THOMPSON. No.

CLARA. Pues tenía noticia de mi visita.

THOMPSON. No lo dudo.

CLARA. (Riéndose fuerte.) No lo duda usted, pero no me cree. Usted no podrá probar que recibió esta mañana una carta mía.

THOMPSON. No tengo el menor interés en probar nada, señorita.

CLARA. De modo que es imposible ver á Jorge. (Thompson la mira sin responder.) ¡Qué lástima! ¡Yo que venía recordando nuestra antigua amistad...!

THOMPSON. Ha hecho usted mal en venir.

CLARA. Y quería verle para manifestarle mi sentimiento por haber sido la causa involuntaria de que se encuentre en tan desagradable situación.

THOMPSON. Se lo haré saber.

CLARA. Deseaba también manifestarle la contrariedad que me ha producido la publicación de las cartas... porque mire, ¡qué casualidad!, el mismo día que las encontró la policía había resuelto quemarlas.

THOMPSON. Perfectamente.

CLARA. Para esto deseaba verle... una visita de afecto.. y cuando le hubiera tenido á mi lado se me hubieran ocurrido cosas... No en balde se ha querido á un hombre como Jorge.

THOMPSON. (Sin poder contenerse.) Celebro mucho haber conocido á usted, señorita Forster, pero mucho.

CLARA. (Con gran ingenuidad.) ¿De veras, señor Thompson?

THOMPSON. De veras, porque su visita, además del placer de procurarme un nuevo conocimiento que hoy en día no tiene precio, me ha hecho comprender el motivo de su visita á este establecimiento. (Ante la cara burlona de Clara.) Usted ha venido con segunda intención á esta casa, para hacer reclamo.

CLARA. Ya sabe usted, querido Thompson, lo que es New York, y lo que representa una mujer á la moda como yo en estos momentos; le confesaré que he tratado de ocultar mi visita, pero no ha sido posible. Todos los periódicos saben que estoy aquí... temporalmente.

THOMPSON. Lo cual quiere decir que habrá una nube de reporters esperándola á la salida para procurarse una interview que como es natural procurará encauzar en sentido favorable hacia su persona...

CLARA. Puedo asegurarle que se me utiliza bien en contra de mi voluntad, para perjudicar á Jorge.

THOMPSON. Ya, ya he comprendido perfectamente el motivo de su visita. Usted, la antigua amiga del detenido, aparenta venir á ponerse á su disposición para ayudarle, da á entender que le viene á animar en el trance que se halla y á disculparse de que sus cartas hayan caído en manos de la justicia; la culpa no ha sido suya... y si de paso puede insinuar á la familia que mediante tal ó cual suma... Perdone usted que no me preste á secundar sus miras particulares.

CLARA. (Con indignación de plazuela.) ¿Qué es eso de miras particulares?

THOMPSON. Ya sabe usted el recibimiento y la acogida que la dispensará... y como no quiero exponerla á la dolorosa prueba, lo dejaremos por hoy. He visto lo que deseaba ver... Pero, señorita, ¿por quién me ha tomado usted? (Se ríe.) Al venir aquí no contaba ver al señor Rolff, pensó en el efecto que lo que usted califica de visita amistosa podría producir contra él, porque como pretende dar la sensación exterior de que en este asunto es simplemente una testigo obligada... de este modo satisfacía usted su sed de venganza y su afán de notoriedad... Hoy ha dado un paso en falso.

CLARA. (Como si le hubiera picado una víbora se levanta.) ¡Cómo se aprovecha usted de que me ve sola y sin nadie que pueda responderle como se merece...! Usted no es un caballero... y no me comprende... no hablamos el mismo lenguaje.

THOMPSON. El mío es honrado.

CLARA. (Mirando el reloj.) No quiero entender lo que pretende ser una espiritualidad... Me da us-

ted asco. (Sale de estampía seguida por el vigilante. Thompson mira por la puerta cómo se aleja, entra y cierra, encontrándose á Margarita que ha salido.)

MARGARITA. (Sale muy nerviosa con un lápiz y un papel en la mano.) Pronto, vámonos.

THOMPSON. Espere un momento, hay que dar lugar á que se aleje.

MARGARITA. He tomado nota de todo lo que ha dicho, acaso pueda sernos útil... Mi impresión es que esta mujer no ha escrito á Jorge... ¿No lo cree usted así?

THOMPSON. Naturalmente; de ahí su rabia cuando se ha visto descubierta.

MARGARITA. ¡Cuánto me satisface su opinión..! ¿No tendría usted una persona de su confianza á quien enviar á ver si hay algún cuarto desocupado en la casa...?

THOMPSON. Descuide usted, que de todo me encargo.

MARGARITA. Si lo encuentran que lo tomen inmediatamente. Necesito ganar cuanto antes la confianza de esa mujer, cueste lo que cueste.

THOMPSON. Habrá usted podido observar lo que decimos Jorge y yo, que es muy lista.

MARGARITA. Procuraré ponerme á tono, y no tardaré en descubrir si tiene algún punto flaco; como logre descubrirle se ha perdido.

THOMPSON. ¿Pero no teme usted hacerse traición?

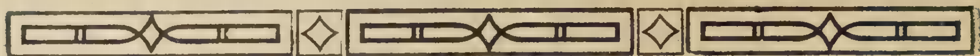
MARGARITA. De ningún modo; me imaginaré estar representando una comedia de la que depende mi felicidad futura, y ni por un momento dejaré de estar en situación. Si bebe, beberé con ella, me pintaré, me teñiré el pelo, viviré su vida, sea cual fuere, y me consideraré muy feliz si en recompensa de mis desvelos logro obtener al fin de sus propios labios la verdadera historia de este suceso... ¿Ve usted, amigo Thompson? En este momento siento el escalofrío que debe sentir el criminal al ver morir á su víctima... Acabo

de experimentar algo raro, una tensión nerviosa, como si mis manos hubiesen triturado materialmente á esa mujer. (Se rehace, pasándose las manos por la frente.)

THOMPSON. Es una prueba demasiado dura.

MARGARITA. (Dirigéndose á la puerta de la derecha) Espero que el odio que me inspire me dará fuerzas para llegar al final. Una vez esa mujer entre mis manos, considero difícil que se me escape sin dejarme en prenda el relato del crimen, que será la libertad de este desgraciado (Mira un momento á la habitación, y con la mano envía un beso prolongado mientras va saliendo.) y la mía, que yo también soy la prisionera de un amor.

TELON



ACTO TERCERO

Dos meses después. Comedor en la nueva casa de Margarita, con gran balcón al foro y forillo de calle; dos puertas en la izquierda y una en la derecha. Mesa servida en el centro para cuatro personas; gran aparato de luz. Radiador, y sobre él, palmeras, así como también á los lados del balcón; piano, con partituras encima, y por las paredes, retratos de artistas de music-hall, cine y teatro. Es de noche.

Entra Tomás por la derecha, seguido de Thompson, con sombrero y abrigo, y mira desde la puerta la habitación, mientras da unas chupadas al cigarrillo.

THOMPSON. Después de todo, la casa está bien.

TOMÁS. Al señor le chocará, claro está; al fin y al cabo no es una casa como las demás...

THOMPSON. No; pero está puesta con cierto gusto.

TOMÁS. Es que la señorita Birdie Lancaster no es una cualquiera. (Coloca algo que faltaba en la mesa, y mientras habla sigue poniendo detalles.)

THOMPSON. ¿Pertenece al mundo del teatro, según creo?

TOMÁS. Sí, señor; y este invierno se ha ido con la compañía fuera; gracias á eso pudimos alquilárselo amueblado.

THOMPSON. ¿Dónde está?

TOMÁS. No me crea el señor, pero me ha parecido oír que por Niza ó Monte Carlo.

THOMPSON. (Va al balcón y mira, volviendo y mirando la mesa.) Ya veo que está todo dispuesto.

TOMÁS. Sí, señor; después del teatro vendrán y tomarán algo frío.

THOMPSON. ¿A qué teatro han ido?

TOMÁS. No sé, señor.

THOMPSON. ¿Tienes la seguridad de que los criados de la señorita Forster han salido?

TOMÁS. El cocinero se despidió ayer, y la doncella pidió esta tarde permiso para ir á casa de su madre, al otro lado del río.

THOMPSON. Muy bien; por este lado estamos tranquilos, porque yo estoy seguro de que no me han visto entrar. ¿Y, según parece, la vida se desliza en esta casa tranquila y feliz?

TOMÁS. Hasta tal punto, que yo me asombro, señor Thompson. Hará unos veinte días que la señorita Forster come y cena con la señora, y ayer precisamente por su indicación convino en despedir al cocinero, evitando así un gasto inútil.

THOMPSON. Ha sido una excelente idea la de la señora... pero debe costarle mucho trabajo adaptarse á las costumbres de su nueva amiga...

TOMAS. Un trabajo inmenso.

THOMPSON. Y tú desempeñas tu parte á maravillas; te has hecho digno de la confianza que depositamos en ti.

TOMÁS. Cumplo un deber; yo era botones de un hotel cuando la familia de la señora me llevó á su casa, y al casarse la señorita quiso que me fuera al servicio del señor. Siempre me han querido y considerado mucho, y nunca podré corresponder á lo que han hecho por mí. Además, señor Thompson, me enorgullece pensar que contribuyo con mi honradez á conseguir la libertad del señor.

THOMPSON. (Tendiéndole la mano.) Tomás, eres un hombre, no te pesará.

TOMÁS. (Le mira y no se atreve á cogerla.) No, gracias señor...

THOMPSON. ¿Qué te pasa? Repara que al darte la mano te doy una prueba de mi estimación.

TOMÁS. (Se la da enérgico y conmovido.) Perdóneme, señor Thompson... le quedo muy reconocido á su amabilidad. (Hay una pausa.)

THOMPSON. De modo, que este es el escenario donde á

diario se representa esta dolorosa comedia.

TOMÁS. Este es, sí, señor.

THOMPSON. Supongo que la señora te habrá dicho cuál es la habitación donde debemos ocultarnos.

TOMÁS. (Abre la segunda izquierda.) Sí, señor, esta comunica tambien con el pasillo.

THOMPSON. (Se asoma.) Me parece bien. (Se asoma á la puerta derecha.) Williams.

INSPECTOR. Mande usted.

THOMPSON. (Indicando la segunda izquierda.) Ese es el nido.

INSPECTOR. Perfectamente; si le parece reconoceré la casa para darnos cuenta...

THOMPSON. Como quiera... ¿Ha traído alguien?

INSPECTOR. Dos agentes como testigos.

THOMPSON. Basta; ahora lo que hace falta es buena suerte.

INSPECTOR. Eso se necesita siempre. (Riéndose entra en el cuarto.)

THOMPSON. ¿Quiénes asisten á la cena?

TOMÁS. El amigo de la señorita Forster y el señor O'Neill.

THOMPSON. (Con una sonrisa.) O'Neill es un valiente, todos le juzgábamos en la casa un tontín y al ponerle á prueba está demostrando que es un hombre en el cual se puede fiar... ¿Ha conseguido hacerse el íntimo de Klaufsky...?

TOMÁS. Sí, señor, son muy amigos, y eso que tienen un carácter bien distinto... pero el señor O'Neill lo soporta todo sin pestañear, por más que como actor, no se puede comparar con la señora, ni mucho menos.

THOMPSON. ¿No te equivocarás y llamarás alguna vez por su nombre á la señora?

TOMÁS. Nunca, señor Thompson, siempre la llamo señora Darcy

THOMPSON. (Paseando va á la puerta derecha mientras por la de la izquierda aparecen dos agentes que inspeccionan el comedor y se retiran.) ¿No entraran sin llamar?

TOMÁS. ¡Oh!, no, señor; la única llave del cuarto la tengo yo... Escúcheme; señor Thompson: ¿y no sería posible aplazar un par de semanas la vista del proceso del señor? Esta falta de tiempo la trae loca á la señora... no cesa de decir: Si dispusiera de dos meses, todo lo prepararía mejor.

THOMPSON. Se hará lo que se pueda, y bastante se ha hecho.

TOMÁS. Claro que cuanto más se retrase, es peor para la señora, por lo que sufre. Hay días que se encierra en su habitación y se pasa llorando horas enteras.

THOMPSON. ¡Pobre mujer!

TOMÁS. Ella lo comprende así, y queriendo ver si Dios está con ella, al saber que hoy era el cumpleaños de la señorita Clara, se le ocurrió la idea de celebrarlo; ella envió por el palco del teatro, combinó esta cena, arregló con el señor O'Neill que se lleve al Club al señor Klaufsky, y... (Timbre fuera, Thompson instintivamente deja la colilla en un platillo).

THOMPSON. (Bajo.) Ellos son, yo me voy á mi escondite. (Sale Tomás por la derecha y Thompson se entra en la segunda izquierda.)

MARGARITA. ¿Ha venido ya?

TOMÁS. Sí, señora. (Entran.)

MARGARITA. Ten cuidado de la puerta y avisa cuando oigas el ascensor. Todavía tardarán en venir. (Está completamente cambiada. Su peinado es exagerado, su vestido de sociedad siendo de moda es demasiado lujoso, y las múltiples joyas que lleva son ricas, pero de mal gusto. Su mirada es como la de una morfinómana en plena fiebre, está pálida y muy nerviosa. Mira por la habitación y con un deje de mal humor.) ¿Pero dónde se ha metido usted? (Se acerca á la segunda izquierda y ésta se abre.) Puede salir, estamos solos. (Al ver á Thompson que la tiende la mano ella va á llorar y le echa los brazos al cuello.)

Si supiera usted qué tranquilídad me inspira su presencia,..

THOMPSON. (Cogiéndola las manos.) ¡Pobre amiga mía...! Está usted ardiendo... debe usted tener fiebre..,

MARGARITA. Tengo seguramente y lo que necesito es frialdad y mucha sangre fría... ¿Ha traido usted testigos?

THOMPSON. Williams el inspector y dos agentes.

MARGARITA. (Llevando á un sofá á Thompson y sentándole á su lado.) Empiezo á sentir un miedo horroroso ante la idea de lo que puede pasar aquí esta noche... Quisiera que ya hubiera pasado... y sin embargo, temo que pase... Al venir en el auto me pareció que no llegaba nunca; hubo un momento en que creí morir, no podía evitarlo á pesar de todas mis energías, he tenido una crisisespantosa hasta que pude romper á llorar. (Saca del saco de mano espejo y polvos y se da.) Mis lágrimas han mezclado el colorete y los polvos me han embadurnado la cara.

THOMPSON. Mi querida amiga, esta empresa es demasiado fuerte para usted. (Enciende un cigarrilo inconscientemente.)

MARGARITA. Ahora me doy cuenta; por eso quisiera que fuera esta nocbe cuando me jugase la última carta... Además, la vista es mañana. (Movimiento de extrañeza de Thompson.) Si lo sé, me lo ha dicho ella, y necesito presentarme ante Jorge con el disfraz al brazo, con mis verdaderos colores y no con esta careta... y si después de estos dos meses horribles no pudiese realizar lo que me he propuesto.., la idea de tener que seguir, Dios sabe hasta cuándo, me vuelve loca.

THOMPSON. ¿Pero y los demás?

MARGARITA. Como necesitaba ver á usted, imagínese el estado de mi ánimo durante la representación teniendo que estar hablando con ellos y

pensando en el medio de conseguir librarme de aquel suplicio...; debía tener muy mala cara porque ella me lo conoció y fué quien me aconsejó viniera á casa porque el aire me sentaría bien... En público mis sufrimientos son espantosos y la vergüenza que paso no es para dicha, pero me acuerdo de Jorge (Con un tono dulce en la voz.) y olvido todas mis preocupaciones... ¡Ay, amigo Thompson, si dispusiera de más tiempo...¡ ¡Falta tan poco...!

THOMPSON. Claro que si el asunto se fallase contra nosotros podemos apelar.

MARGARITA. (Cada vez más nerviosa.) No, no es posible aguardar más tiempo. (Se levanta y guarda el espejo y los polvos estrujando el pañuelo.) Es preciso que esta mujer hable esta misma noche... Lo que pido á Dios es serenidad... Yo misma me asombro de lo que he podido resistir... me asombro de todo lo que he visto en esta vida de disipación... Y este pobre Jimmy hice bien en escogerle, es un buen amigo y excelente bebedor, se lo aseguro. (Se rie nerviosa.) Yo tampoco lo hago mal, yo que he aborrecido siempre el alcohol...

THOMPSON. (Se levanta y va á ella que se ha sentado en otra silla.) Cuídese al mismo tiempo, no vaya á caer enferma de tanto exceso.

MARGARITA. Al principio llegué á temer que sospechara de mí y en cierto modo lo procuré... ¡Ah! si usted supiera las horas estúpidas y brutales que he pasado al lado de esa miserable... merced á ellas he conseguido inspirarla confianza.

THOMPSON. Esto es lo que se necesitaba.

MARGARITA. Ya sabe usted que vive en el cuarto inmediato... y si hubiese dispuesto de más tiempo la habría traído á vivir conmigo, aunque se trata de una mujer cuyo contacto envile-

ce, habría compartido con ella mi mesa... vivido en la misma habitación... con tal de arrancarla la verdad.

THOMPSON. ¿Y ha conseguido usted muchas confidencias?

MARGARITA. Me ha contado toda su vida... menos lo que de ella me interesa... ¡Y qué vida...! ¡Jorge, Jorge, nunca podrás figurarte lo que he hecho...! Y si al menos sirviese de algo... En diversas ocasiones la he inducido hábilmente hacia el asunto, pero se resiste... parece como si deseara confiarme el secreto, y al ir á hablar, su lengua se paralizase... ¡Cuántas veces me ha palpitado ansioso el corazón esperando un principio, pero se asustaba indudablemente de las consecuencias...! En una ocasión, si yo hubiese insistido me lo habría confesado, pero no me atreví y desde entonces he cuidado mucho de no mostrar la menor curiosidad sobre este asunto.

THOMPSON. Bien hecho.

MARGARITA. Espero que ella misma se descubra á propósito de cualquier caso parecido que publiquen los periódicos, y como los leemos juntas, ¡en cuántas ocasiones temí que oyera los latidos de mi corazón! Al conocer un crimen, cien preguntas se precipitan á mis labios y he de mordérmelos para que no puedan pronunciar palabra, esforzándome por cambiar de conversación, no para cambiarla realmente, sino para alejar todo síntoma de sospecha... pero nada he conseguido, nada.

THOMPSON. No hay que desmayar... aún tenemos esta noche á nuestra disposición.

MARGARITA. ¿Le ha comunicado Tomás mi plan?

THOMPSON. Todo, y parece ser que desempeña a las mil maravillas su papel.

MARGARITA. Es admirable. Ni una sola vez se ha olvidado de su nueva situación; yo en cambio...

THOMPSON. ¿Ha llegado usted á descubrirse?

MARGARITA. Se me cayó la máscara. El otro día no sé por qué estaba más contenta que de costumbre y olvidé mi bestialidad ordinaria un instante... llegué á hablar naturalmente y ella se echó á reir.

THOMPSON. ¿No adivinó?

MARGARITA. Le diré lo que me dijo: Es inútil que disimules conmigo, querida, eres á veces la mujer más afectada que conozco, pues enteramente parece como si quisieras hacerme creer que eras una señora de verdad. (Entra Tomás en puntillas.)

TOMÁS. Señora, el ascensor. (Thompson se levanta.)

MARGARITA. ¿Cómo vendrán tan pronto? (A Tomás.) ¿La carta para el señor O'Neill?

TOMÁS. Preparada, señora.

MARGARITA. (A Thompson.) Su cigarro... va á oler otro aroma que los suyos...

THOMPSON. (Abriendo el balcón y tirando la colilla.) Tiene usted razón... que imprevisión...

MARGARITA. Deme uno de esos, fumaré para contrarrestar. (Le da una cajetilla y cerilla.)

THOMPSON. ¿Pero fuma usted?

MARGARITA. Si todo fuese tan fácil como esto. (Timbre fuera.)

TOMÁS. Enciérrese, señor. (Le encierra en la segunda izquierda y sale por derecha. Margarita se mira al espejo, coloca las sillas en su sitio, sale por primera izquierda y cierra la puerta.)

CLARA. (Fuera.) ¡Hola, Tomás!... ¿Y la señorita?

TOMÁS. Parece que está algo mejor.

CLARA. ¿Lo ves, Jimmy, como lo que necesitaba era tomar el aire y salir de aquel endemoniado local? (Entra.) Y ha debido seguir tomando aire en casa... Al demonio se le ocurre dejar el balcón abierto con la noche que hace. (Se suelta de O'Neill al que venía cogida y va á cerrar.)

JIMMY. (Se quita el abrigo y el sombrero.) Está delicaducha esta muchacha desde hace unos días.

KLAUFFSKY. (Fuera.) ¿Cogió usted mi petaca, O'Neill?

JIMMY. No; debe usted tenerla.

KLAUFFSKY. Perdone usted, la tenía en el chaleco. (Entra.)

CLARA. (En voz alta.) ¿Bella, estás ahí?

MARGARITA. (Con voz completamente distinta de la suya.) Ohe, ohe.

CLARA. Por lo visto, ¿estás bien ya? ¿Te estás desnudando? Porque estamos muertos de hambre.

MARGARITA. Me estoy poniendo cómoda; podéis empezar sin mí.

CLARA. (A Jimmy con coquetería y ademanes algo libres.) Entra y oblígala á salir como esté.

JIMMY. (Va á la primera izquierda y llama con los nudillos.) ¡Bella!

CLARA. ¿Oyes quien llama?

MARGARITA. ¿Quién?

JIMMY. ¡Soy yo! ¿Paso?

CLARA. (Riéndose estrepitosamente y sentándose al lado de Klauffsky.) Vaya un enamorado impetuoso que pide permiso para entrar en el cuarto de su amada.

MARGARITA. No me molestes, Jimmy, ya sabes que no me gusta que me interrumpan cuando me visto.

KLAUFFSKY. Si me gusta Jimmy es por su corrección; se puede jugar como él juega y beber como él bebe y hacerlo todo con distinción. (Este señor es algo ordinario lo mismo en su vestir que en sus modales y en el lenguaje.) A las señoras hay que dejarles vestirse y desnudarse á su gusto. Venga á sentarse. (Se levanta y va á la mesa, Clara le sigue, pasándose la mano por la frente, y cuando llega á la mesa Jimmy, para sentarse le pone una mano en el hombro.)

CLARA. Muchacho, ¡qué daño me ha hecho el cock tail que he tomado! No sé si es que me ha pillado con el estómago vacío.

KLAUFFSKY. (Que se ha colocado su servilleta en el cuello y se prepara á comer con apetito.) Come, y así se llenará y le servirá de esponja. ¿Verdad, Jimmy?

CLARA. A ver si sales, Bella; que eso de ponerse a la mesa sin el ama de la casa...

MARGARITA. (Asomándose á medio vestir.) Ya sabes que el ama de esta casa en cuanto entras eres tú, así es que podéis empezar; ahora mismo salgo. (Vuelve á cerrar.)

KLAUFFSKY. (Que se va á servir.) Pues con el permiso de la dueña me voy á servir de...

CLARA. (Con mal modo quitando el plato de su alcance.) De nada, hasta que llegue; pues hombre, ni que vinieras de Rusia. (Le echa de beber.) Bebe para hacer boca. (Ella bebe.)

KLAUFFSKY. La verdad es, que hace falta estar uno inteteresado por ti para soportar los modales que tienes; diferencia con Bella.

CLARA. (Desafiándole.) Se necesita ser todo lo bruto que eres para decir á una mujer lo que me acabas de decir á mí... Da gracias á que tengo confianza en ella, si no, te armaba una sonada.

KLAUFFSKY. (Riendo bonachonamente y tratando de hacerla una caricia que ella rechaza.) No te sulfures, que estás muy acalorada.

CLARA. (Levantándose de mal humor) Mira, no te las eches de gracioso, que sabes ya lo mal que me sientan tus gracias. (Al andar ha visto en el plato la colilla que dejara Thompson.) Jimmy (Con misterio.), te dijo Bella que estaba enferma (Asiente Jimmy.) y mira su enfermedad. (Le enseña el cigarrillo con la punta de los dedos.) Tenía una cita con un hombre.

JIMMY. Eso prueba que han fumado en esta habitación, pero no sé de dónde deduces que por haber una punta de cigarrillo, Bella haya estado de flirt, y sobre todo después de haberla visto salir enferma del teatro y haberla tú

mismo aconsejado saliera á tomar el aire.

KLAUFFSKY. Cualquiera que presenciara esta escena diría que estabas loca; dices que quieres á Bella y que te inspira una gran confianza, y á renglón seguido te pones á hacer una escena de celos á Jimmy... ó es mala intención...

CLARA. (Yendo á él y hablándole en su cara.) Es que odio el engaño... y después de ver este indicio se me ocurre pensar si su tardanza obedece á que tenga aún el mochuelo en su cuarto y por eso no puede salir. Se lo decía á éste para que fuera á verlo, pero parece que no le interesa, según lo tranquilo que se queda. (Riéndose.) La verdad es, que sois una pareja tal para cuál. Bella, ¿vienes? Si no estás sola lo mismo dá, trae al que sea y preséntanoslo.

MARGARITA. (Fuera.) No te entiendo, ahora salgo.

CLARA. ¿Puedo pasar?

MARGARITA. Pasa si quieres.

CLARA. (Se queda parada un momento.) Se me ha metido en la cabeza que hay gato encerrado, y malo es que se me figure... (Va en puntillas á la segunda izquierda y abre de pronto la puerta mirando dentro.) No, pues en esta habitacion no hay nadie... (Va á la primera, la abre de pronto también y mira, entrando inmediatamente, dejándola entreabierta y oyéndose hablar á las dos mujeres.)

KLAUFFSKY. (A media voz á Jimmy.) Te digo, Jimmy, que cada día estoy más contento de ser tu amigo; tienes unas condiciones magníficas para tratar á esta clase de mujeres, las conoces, sabes lo que valen y no te preocupas de lo demás.. porque aquí para inter nos, la mayoría valen muy poco.

JIMMY. (Riéndose.) ¿A qué incomodarme, Luis? Si verdaderamente ha estado con alguien, Bella es lo suficientemente lista para no tenerle á

nuestro lado cuando estamos en la casa; así es, que me parece estúpido andar mirando habitación por habitación; y si no ha habido nada de esto, queda uno en ridículo ante ella al enterarse y ante los criados.

KLAUFFSKY. (Se levanta y le dá unas palmadas amistosas en la espalda.) Lo que digo yo; la mujer es más lista que el hombre, así es que debemos aceptar cuanto nos hagan, porque además habrá usted observado que siempre son ellas las que tienen razón.

JIMMY. (Riendo.) Me parece que esto ya está lo suficientemente discutido, para que pasemos á otra cosa. (Klauffsky se ríe de buena gana.) ¿Viene luego al Club?

KLAUFFSKY. Sí, aunque no sea más que para ver si tengo mejor suerte que anoche; muchacho, qué nochecita de suerte... de suerte para la casa quiero decir... (Entra Clara, se queda un momento parada á la puerta pasándose la mano por la frente, y al avanzar entra Tomás al que lleva á un lado.)

CLARA. ¿Quién ha estado esta tarde? (Tomás mira atento á Clara.)

TOMÁS. Nadie, señorita, que yo sepa, y no me he movido de casa.

CLARA. Entonces, ¿de quién es este cigarrillo? ¿O es que figuran las colillas en el menú?

TOMÁS. (Muy turbado.) ¡Ay! Perdone la señorita, es un cigarrillo mío.

CLARA. Está bien, el señor ha convertido el comedor en fumadero... Si fueras mi criado no lo volverías á hacer, yo te lo aseguro... (Da media vuelta, se dirige á la mesa y se echa una copa de champán.) Debo tener debilidad. (Tomás deja en la mesa el plato de pollo y ensalada que traía y sale al tiempo que entra Margarita con un elegante kimono, muy pintada y acicalada.)

MARGARITA. (Muy alegre y desperezándose cómicamente ante Klauffsky.) ¡Uf, qué á gusto estoy ahora sin

corsé! (Se ríe estúpidamente como si hubiese dicho algo muy gracioso.)

CLARA. (Al tiempo de sentarse todos.) Tienes cosas de risa, mira que en estos tiempos gastar todavía corsé...

MARGARITA. (Partiendo el pan con las dos manos y comiendo de un gran trozo.) Algo tengo que hacer para poder competir con una mujer tan bien formada como tú. (De la garrafa con hielo saca la botella que había, y al echar ve que ya no tiene.)

CLARA. (Muy agria.) ¿No vé usted que no tiene? Me lo he bebido yo... (Tomás la mira respetuoso, calla y pone otra de las que traía en otra heladora, saliendo.) Te digo que éste criado tuyo tiene la habilidad de ponerme los nervios de punta.

MARGARITA. (Echando vino á Clara y con una risa.) Y si no fuera Tomás, sería otro; los criados están en las casas para poner nerviosos á los amos.

CLARA. (Bebiendo.) En verdad que te admiro, tienes una tranquilidad para todo... lo mismo que esta ave fría de Jimmy... Le digo que sospechaba que tuvieras un hombre escondido, porque he visto una colilla en un plato, y se queda impasible.

MARGARITA. (Riendo.) Toma, porque sabe que no es verdad.

KLAUFFSKY. (A Clara.) ¿Pero es que nos vamos á pasar la noche haciendo de policías y ladrones, en vez de celebrar tu cumpleaños? Parece que venimos á tus funerales; cuidado que estás pesada.

CLARA. ¡Qué espiritual eres! Mis funerales... pues serán en vida, porque estoy bien viva.

MARGARITA. Bueno, dejemos eso y á brindar. (Echa á todos vino Klauffsky.) Por la salud de todos y porque éstas reuniones de dos parejas bien avenidas se repitan más á menudo.

CLARA. (Bebiendo con avidez.) Por mi parte, con dos años de repetición me bastan, no necesitaré más... pero no me preguntásteis el motivo.

MARGARITA. (Riendo estúpidamente y dando una manotada á Klauffsky.) Que sea enhorabuena, esto demuestra que con dos años de ahorro, se retira al campo... se ve que eres espléndido, Luis.

KLAUFFSKY. Si no lo fuera sería lo mismo; tiene una habilidad extraordinaria para sacarme el dinero del bolsillo; así que lo mejor resulta dárselo y el mérito es mío. (Se para de comer para mirar á Clara que no hace más que beber y demostrar una gran excitación nerviosa.) ¿Pero qué te sucede? ¿Te han nombrado representante de la casa...? (Coge la botella y mira la marca.) De la casa Clicot. ¿Es para hacer el artículo, por lo que bebes tan desesperadamente?

CLARA. ¿No te he dicho que no me encuentro bien? Bebo para que se me quite la sed.

MARGARITA. (Con interés se levanta y va á ella.) ¿Qué te pasa, no te encuentras bien, quieres que te hagan un té?

CLARA. (Mirándola y acariciándola con agradecimiento.) Muchas gracias, yo creo que no será nada... el maldito cok tail que le tengo atravesado en el estómago. (Va á beber y Margarita la quita la copa.)

MARGARITA. Pues si no te encuentras bien, no bebas.

CLARA. Sí, que el champán entona.

KLAUFFSKY. No se preocupe, Margarita; cuando se pone así, hay que dejarla.

CLARA. (A través de la mesa le tira el contenido de la copa.) Ese es el modo que tienes de considerar á las mujeres, tratándolas como animales; te choca cuando hay alguien que se interesa por una.

KLAUFFSKY. (Se levanta muy molesto y se separa de la mesa para limpiarse.) Mira, Clara, no empieces á hacer barbaridades ó me marcho; ya sabes que no me gusta seguirte por ese camino... (A Jimmy que se ha levantado también y le va á ayudar.) Tantas gracias, Jimmy, ya está seco.

CLARA, Te puedes marchar cuando gustes... y no volver, si no quieres... Ya sabes que no me han de faltar pretendientes y mejores que tú, y más jóvenes, y más guapos que tú...

MARGARITA. (Haciéndola caricias.) Vamos, Clara, no te pongas así, no digas cosas desagradables... piensa que es tu cumpleaños y que estamos para celebrarlo alegremente. (La quita la copa.)

CLARA. Si con este hombre no se puede tener alegría... pero no me quites la copa tú también. (Se levanta y se echa nerviosamente, metiendo de golpe la botella en el cubo y salpicando á todos del hielo.) ¿No te digo que tengo mucha sed?

KLAUFFSKY. (A Jimmy.) Esto se pone grave, Jimmy; lo mejor es marcharse, ya volveremos cuando estés más tranquila. (Se dirige á la puerta derecha á tiempo que entra Tomás con una carta en una bandeja.)

TOMÁS. Señor O'Neill, esta carta han traído para el señor.

JIMMY. ¿Una carta á estas horas? ¿Y no esperaban contestación?

TOMÁS. La han dejado sin decir nada, señor.

CLARA. ¿También tú? Mira que tener negocios á esta hora... y que te la deben haber traído por la telegrafía sin hilos, porque no se ha oído el timbre.

MARGARITA. Mujer, el de la escalera de servicio no se oye aquí.

JIMMY. (A Klauffsky.) Es el asunto de Nueva Orleans, ya me lo suponía; dice ese que nos espera desde las doce.

KLAUFFSKY. Pues vamos, si quieres; así como así, ya hemos hecho en esta casa todo lo que habíamos de hacer... La señora está con sus vapores, como se decía en el siglo pasado, y está inabordable.

CLARA. (Al ver que se dirige á la derecha.) Pero, ¿te vas?

KLAUFFSKY. (Desde la puerta.) Naturalmente, los negocios son los negocios... Tú, es claro, de esto no

entiendes, los tuyos los tienes seguros...

CLARA. (Medio llorosa.) ¡Los negocios! No te creo ni una palabra... Jimmy puede tener que ver á alguien, pero tú no te vas más que para estropear la fiesta... Como te marches no vuelvas, ¿me oyes?, no vuelvas.

KLAUFFSKY. (Con sonrisa escéptica.) Como gustes, mujer... (Saca el libro de cheques y se busca una pluma.) ¿Tienes pluma, Jimmy? (Este se la da, y apoyándose en un rincón de la mesa extiende uno y devuelve la pluma á Jimmy.) Toma, para cuando te serenes, en recuerdo de tu cumpleaños, deseando que para el próximo te hayas serenado. (Se lo deja á su lado y saluda á Margarita.) Hasta mañana.

JIMMY. Bella, perdona, pero tengo que hacer; procura que Clara se mejore. Hasta mañana.

CLARA. (Levantándose, llenando una copa y dándosela á Jimmy al echarle los brazos al cuello.) ¿Serás tan amable que te tomes esta copita á mi salud? (Jimmy bebe la mitad y se la da; ella bebe el resto.) Gracias, Jimmy, tú eres un gentleman, ese no es más que un negociante, ya lo ves, todo lo arregla con el libro de cheques. (Va á la mesa, deja la copa y rompe el que la extendió, tirándole los pedazos y yendo á echarse en el sofá.)

KLAUFFSKY. (Se ríe irónico.) Bueno, muchacha, que te alivies. ¿Vamos, Jimmy? Hasta mañana.

JIMMY. Hasta mañana. (Salen.)

CLARA. Sí; aquí voy á estar mañana, teniendo todo el día ocupado con el proceso de Rolff que me interesa más que tú... (Margarita se estremece.) No puedo soportar el tabaco de ese hombre, me trastorna... (Se levanta para abrir el balcón y se tiene que apoyar en la mesa.)

MARGARITA. ¿Qué quieres, abrir el balcón? No te muevas, yo iré... (Con naturalidad deja al alcance de su mano la botella y la copa, y abre el balcon, mientras ella vierte champán.) Pero Clara, dices que te en-

cuentras mal y sigues bebiendo... (La quiere quitar la botella, pero Clara no se la da, y después de haber bebido, va con ella y con la copa al sofá, donde se sienta.)

CLARA. Dame una pata de pollo; ahora parece que tengo hambre. (Margarita se la va á poner en un plato.) No, déjate de cumplidos, tráela. (Margarita se la da.)

MARGARITA. Si te vieras al espejo te gustarías; estás guapísima, nadie diría que estabas mal.

CLARA. No es por vanagloriarnos, pero somos una pareja de muchachas como no se ven muchas en New York, y lo que me choca es que sabiéndolo tú no te hagas valer... Esta noche te la has pasado enterita en el antepalco como si fueras mi madre.

MARGARITA. Ya has visto que verdaderamente me encontraba enferma.

CLARA. (Mientras come.) Tú estás verdaderamente bien, pero tienes una timidez que te perjudica, y eso ya no se estila. (Se ríe estúpidamente mientras Margarita enciende un cigarrillo y se encoge de hombros.) Los hombres tienen una vanidad mayor que la de los pavos reales... (Se ríe.) Ya has visto a Luis, ha extendido un cheque, creyendo que al verle me iba á desmayar... y nada... A propósito: ¿dónde está?

MARGARITA. Si le has roto; mira los pedazos. (Al ver que Clara va á levantarse para recogerlos.) Estate quieta, yo te los daré. (Los coge y se los da en la mesa donde ha ido Clara.)

CLARA. (Poniéndolos uno junto á otro y riéndose.) Lo que te digo: son todos unos idiotas; le insulto, y mira lo que me regala. (Margarita la mira con odio y se inclina.) Mil dólares. No está mal, ¿eh? (Se ríe y bebe.) Es como á la mujer que le gusta que le pegue el hombre: en cuanto recibe la paliza, tan contenta... Luis es igual: le insulto, y me suelta mil dólares.

(Se ríe y bebe.) Pero estoy celebrando mi cumpleaños yo sola; tú no bebes; bebe, Bella; bebe. (La echa.)

MARGARITA. Si he bebido, ya lo creo; es que con los acontecimientos no te has dado cuenta. Yo, aunque no lo parece, estoy también alegre.

CLARA. Yo tengo un bienestar muy agradable (Pausa; cierra los ojos, y Margarita la echa en la copa; ella abre los ojos y se fija en el cheque.) Mil dólares, no está mal; éstos irán á reunirse con otros muchos que tengo en un Banco... Si te dijera que todos los hombres que me han conocido me han querido... á su manera... y uno solo, uno me quería más que á sí mismo.

MARGARITA. ¿Ese Felipe de quien me has hablado algunas veces?

CLARA. Ese; Felipe lo hubiera abandonado todo por mí. (Margarita está bebiendo sus palabras.) Pero un hombre se empeñó en volverle contra mí, y lo consiguió... ¿No te parecerá mal que le haya consagrado un odio eterno?

MARGARITA. Yo hubiera hecho lo mismo, y cualquiera.

CLARA. (Acariciando suavemente á Margarita y estremeciéndose.) Tú no sé por qué me gustas. Eres buena, si es que entre nosotras puede haber alguna buena, porque llegamos á este estado envenenadas; pero se te ve: eres buena; no te gusta, como á otras, estar hablando siempre de ti, y te haces cargo de todo. En este caso me das la razón, y comprendo que no lo haces porque me calle, sino porque lo sientes... Tú en mi caso no perdonarías tampoco... Y si le conocieras... Fué un hombre que, recién llegado de New York, me trató un mes ó menos; pero me dejó; tenía unas ideas muy raras. (Riéndose.) Figúrate que quería redimirme nada menos... cuando yo llevaba de ejercicio lo menos dos años... y no le volví á ver hasta que me le encontré

al lado de Felipe, cuando conocí á éste. (Bebe. La cara de Margarita expresa su alegría, y de vez en cuando se la tapa con el pañuelo para disimular.) Jorge era un tipo notable.

MARGARITA. ¿Jorge?

CLARA. Sí, Jorge Rolff; éste, que comparecerá mañana ante los jueces. (Se ríe.) Si te dijera que Jimmy se le parece en algo... no sé en qué... en lo gentleman puede ser... ¿De qué conoces á Jimmy?

MARGARITA. Es el novio de una amiga mía.

CLARA. (Con una risotada.) ¡Hombre, bien; me gusta! ¿Ves? Las muchachas calladitas como tú y otras tenéis unos rasgos magníficos... De ella es el novio, y de ti el amigo... ¿Sabes que eres terrible? Empiezo á temblar por Klauffsky.

MARGARITA. (Acariciándola.) No digas eso; supongo que lo dirás en broma.

CLARA Claro que sí... Pero dime, ¿os queréis de veras?

MARGARITA. Hemos vivido juntos hasta tres semanas antes de conocerte.

CLARA. ¿Y habéis tenido alguna reyerta, alguna tontería?

MARGARITA. No; dijo que se iba á casar, y convinimos separarnos; ahora parece que se retrasa la boda, y nos vemos de vez en cuando.

CLARA. (Con miradas de odio.) Eres demasiado acomodaticia, yo no me parezco á ti... ya ves, ese Jorge de que te hablo, me quería apartar del hombre á quien yo quería... pues le pesará, te lo aseguro, y es un hombre; con que si fuera una mujer como en el caso tuyo...

MARGARITA. (Mirándola fijamente.) En el mío sí, es una mujer.

CLARA. Tú llevas la ventaja de que el hombre á quien amas no ha muerto.

MARGARITA. Es verdad, que el tuyo murió... ó le asesina-

ron... no sé que te he oído un vez... ¿Crees que le asesinaron?

CLARA. (Después de beber muy despacio.) Sí, tengo la seguridad. (Un relámpago de desaliento pasa por el rostro de Margarita, pero rodea el cuello de Clara con su brazo y echa la cabeza en su hombro.)

MARGARITA. Te compadezco, porque perder al hombre que se quiere verdaderamente, debe ser horrible.

CLARA. (Se echa champán, mira la copa y calla un momento. Parece que estoy viendo á Felipe en este momento.... no bebía más que champán. (Echa á Margarita.) Bebamos á su memoria y por mi suerte de mañana. (A Margarita al coger la copa se le cae.) ¿Qué te pasa?

MARGARITA. (Sonriendo.) Nada, que se ha escurrido la copa.

CLARA. (Se sienta en el sofá y Margarita después de asomarse al balcón un momento, se sienta á sus pies.) Pareces una chiquilla, ¡Cómo te gusta que te mimen!

MARGARITA. Debe ser efecto de que no me han mimado nunca...

CLARA. No sabes el afecto que te tengo...

MARGARITA. Deja tu cuarto y ven á vivir conmigo.

CLARA. No sé si debo aceptar el ofrecimiento.

MARGARITA. (Haciéndose más insinuante.) ¿Por qué no? Te necesito... estoy tan sola... Además, es un ahorro para ti.

CLARA. (Acariciándola.) Eres encantadora, has comprendido que soy algo avara y me atacas por mi lado débil... No sé de todos modos cómo agradecerte...

MARGARITA. Déjate de agradecimientos...

CLARA. Precisamente, el contrato de mi cuarto termina dentro de dos semanas... si te empeñas...

MARGARITA. (Levantándose y dándola un beso.) Entonces, no hay más que hablar, quedamos en eso... ¡Qué lástima no haberte conocido antes!.. Eres tan agradable... así comprendo que tuvieras atontado á tu Felipe.

CLARA. Tú sí que le habrías gustado á él, sólo que acaso no hubieras sido aún bastante señora... De mí decía á veces que era vulgar... ya ves...

MARGARITA. Lo cual no era obstáculo para pensar en casarse contigo.

CLARA. Le tenía casi cogido, y si no se casó antes de que Jorge viniera á impedirlo, culpa mía fué.

MARGARITA. No te entiendo.

CLARA. Porque no conoces los detalles del asunto... pero es raro que no te enterases, porque hablaron los periódicos de él más de dos semanas.

MARGARITA. Yo no recuerdo bien, pero debió ser cuando estaba yo preocupada con un pleito que tuve con motivo de una herencia; imagínate que se trataba de más de cien mil dólares, comprenderás que me interesaba lo mío más que uno de tantos crímenes como relatan á diario los periódicos...

CLARA. También tienes razón.

MARGARITA. Cuéntamelo de una vez.

CLARA. Pero si en parte ya te lo he dicho.

MARGARITA. ¡Qué me vas á decir...! Cuatro cosas que no he podido comprender... Anda, cuéntamelo... con lo que me gustan esas cosas de crímenes... ¿Por qué no se casó contigo si estaba tan decidido?

CLARA. Porque Rolff le dijo una serie de mentiras sobre mí y le desvió de ese camino.

MARGARITA. Por lo visto Felipe era un ser débil cuando se dejó convencer por el otro, que no se ocupaba más que de hacerte daño.

CLARA. ¡Qué iba á ser...! Al final demostró que me quería como á nadie.

MARGARITA. No te entiendo, habla claro.

CLARA. Esa es otra cuestión.

MARGARITA. Si yo tuviera talento escribía una novela con

tu historia, pero cuando súpiera todo al detalle.

CLARA. Te quiero mucho, Bella.

MARGARITA. Y yo a ti; sigue, sigue.

CLARA. ¿Donde está Tomás?

MARGARITA. (Riendo.) A la hora que es, en la cama.

CLARA. Cierra esa puerta. (Margarita dando un suspiro cierra nerviosa.)

MARGARITA. ¿Por qué no te casaste con tu Felipe?

CLARA. Tenía mi plan, no quería precipitar los acontecimientos para hacerlo todo bien, con la intervención de la iglesia, muchos invitados. (Riéndose.) Yo siempre he tenido una gran afición por las grandes solemnidades.

MARGARITA. Como yo, esas ceremonias me impresionan mucho.

CLARA. La primera vez que intervino Rolff yo pude evitar que Felipe se escapase, pero la mañana del día de autos... del día de autos, como dicen los abogados (Se está durmiendo.) se le ocurrió á Felipe la idea estúpida de carearnos á Jorge y á mí, para que yo desmintiera todo lo que de mí decía...

MARGARITA. (Muy nerviosa.) ¿Pero qué te pasa, Clara? (Clara no contesta y Margarita vá rápida á su cuarto y vuelve empapando un pañuelo en agua de Colonia con el que frota las sienes y dá á aspirar á Clara. Margarita, más y más excitada, mira á todos lados hasta que la vé volver en sí, la coge, la mueve y pone derecha en el asiento.) ¿Y os reunió á Rolff y á ti en su casa?

CLARA. (Recordando con los ojos muy abiertos.) Si yo me entero á tiempo... no voy. (Se ríe.)

MARGARITA. (Haciéndola aire.) Claro, mujer.

CLARA. (En un momento de lucidez.) Mira, Bella, que me fío de ti y te estoy contando la verdad... ¿Puedo fiarme de ti...?

MARGARITA. Parece que no me conoces...

CLARA. Tienes razón, perdona.

MARGARITA. Sigue, me tienes interesadísima, parece una película.

CLARA. Rolff me acusó de toda clase de infamias delante de Felipe.

MARGARITA. ¡Qué canalla...!

CLARA. Yo le enloquecí y le dije mil barbaridades... pero consiguió que Felipe le creyera y le juró que nunca se casaría conmigo.

MARGARITA. ¿Es posible?

CLARA. (Con sollozos efecto del vino.) Sí... ¿qué te parece...? Pero me las pagará... Te juro que me las paga. (Colérica de pronto.)

MARGARITA. Lo merece, ¡haberte quitado una proporción semejante...!

CLARA. (Poniendo las manos en los hombros de Margarita.) No sabes tú de lo que es capaz Clara Forster.

MARGARITA. Pero ya se sabe lo que es un juramento, tú no debiste andar lista.

CLARA. No conociste á Felipe; cuando daba su palabra de honor sobre algo era inútil empeñarse. . más testarudo que un burro... mira que me abracé á él, le supliqué.., todo en vano. Echó á Jorge y nos quedamos solos.

MARGARITA. (Con intención.) ¿Se marchó Jorge de la casa?

CLARA. ¿No te digo que nos quedamos solos? Se marchó, claro que se marchó. Entonces dije á Felipe si estaba dispuesto á cumplir y me dijo que sí...; me puse loca... imagínate lo que esto representaba para mí, y ya rabiosa me disponía á salir diciéndole que no me volvería á ver más, que no me había querido nunca..., que había abusado de mí... nunca debí decírselo...

MARGARITA. ¿Por qué? (Casi sin respirar).

CLARA. Porque se detuvo delante de mí y... parece que lo estoy oyendo... le oigo todas las noches... cierro los ojos y le veo...

MARGARITA. (Acercándose febril á ella.) ¿Y qué te dijo?

CLARA. (Levantándose y mirando al espacio.) Te quiero tan-

to, que como no puedo casarme contigo... no viviré sin ti... Le veo como si me lo repitiera. (Cubriéndose la cara con las manos.)

MARGARITA. (A su oído y sosteniéndola.) Sigue.

CLARA. Buscó algo en sus bolsillos y gritó con rabia: Mi vida, gracias á ti, es ruin y miserable, me has deshecho y voy á acabar de una vez.

MARGARITA. (Reprimiendo un grito.) ¡Qué horror!

CLARA. Y antes de que pudiera impedirlo se disparó un tiro.

MARGARITA. (Con un rugido va á ella y la grita.) ¿Felipe se suicidó?

CLARA. Sí, quedó muerto delante de mí; en la casa no había nadie, ni un criado, así es que soy la dueña de la situación.

MARGARITA. (Que ha ido beber agua vuelve á ella amenazadora.) ¿Estás segura de lo que dices?

CLARA. ¿De que se suicidó? Como de que estamos las dos en esta habitación.

MARGARITA. ¡Gracias, Dios mío, gracias...! (Va amenazadora á ella.) Ya estás cogida, infame.

CLARA. (Vacilando y asustada.) ¿Pero qué tienes, qué te pasa?

MARGARITA. (Cogiéndola y zarandeándola.) Mírame bien, soy su mujer... ¿me oyes? Despierta y entérate... soy la mujer de Jorge Rolff. (Gritándola.) ¡La mujer de Jorge Rolff!

CLARA. (Sin enterarse.) ¿Qué? ¿Qué dices?

MARGARITA. De Jorge Rolff al que acabas de poner en libertad. (La puerta de la izquierda se abre y aparece Thompson, Williams y los dos agentes.) ¿Me oyes? ¡Libre! Gracias á ti... Por eso he vivido contigo día y noche. Por su libertad te he engañado, te he copiado, me he arrastrado entre las de tu clase, sólo por él. ¿Me oyes? Señor Thompson, señor Thompson. (Los ve.) ¿Han oído ustedes? ¿Están convencidos de que Jorge es inocente? Esta mujer lo ha dicho. ¿Lo han oído ustedes?

THOMPSON. Todo, todo.

MARGARITA. ¿Lo han oído ustedes todo?

INSPECTOR. Absolutamente, ahora tranquilícese.

MARGARITA. ¡Mi Jorge libre... libre... libre! (Su voz se quiebra en gritos inarticulados y la recoge en sus brazos Thompson mientras que Clara que ha mirado las escenas como una idiota se acerca á la mesa tambaleándose y cae en ella dormida.)

TELON

OBRAS DE D. LUIS DE OLIVE

Un aviso.
El 30 de infantería (en colaboración con Joaquín Abati).
Cena de despedida.
El último recurso (en colaboración con Manuel A. Naya).
Especialidad de la casa.
El certificado.
La sombra de Venus.
El jefe interino.
El abuelito.
El Canciller de hierro.
Una conquista.
El regalo de mamá.
El bello Narciso (en colaboración con Emilio G. del Castillo).
No hay prenda como la vista (en colaboración con Emilio G. del Castillo).
Polvo de oro.
La diana del amor (en colaboración con Manuel Moncayo).
El cuidado ajeno.
Los Cabezones (en colaboración con Manuel A. Naya).
Amor y libertad (en colaboración con Manuel Moncayo).
Las perdidas (en colaboración con Luis Candela).
Hoy leo.
Las pasajeras (en colaboración con Emilio G. Gamero).
El día y la noche (en colaboración con Antonio Estremera).
La mujer soñada (en colaboración con Antonio Estremera).
El despertar del león (en colaboración con Antonio Estremera).
La muchacha que todo lo tiene (en colaboración con Ernesto Vilchez).
El maniquí (en colaboracion con Alvaro Retana y Francisco Lozano).
El camino derecho (en colaboración con Ernesto Vilchez).
La nena.
Rirrí (en colaboración con Ricardo H. Bermúdez).
Mi otro yo (en colaboración con Félix Riaño).
Embargo judicial (en colaboración con Rafael Ramírez).
Juego de damas (en colaboración con Ricardo H. Bermúdez).

Precio, 3,50 pesetas.